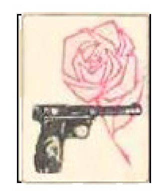


Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Nadie gana las guerras

Para Brigitte, la cosa está clara: ninguna guerra se fragua por motivos «patrióticos», todas ellas tienen como origen cualquiera sabe qué clase de codiciosos y retorcidos intereses personales o de clanes perversos que pasan por buena gente entre la buena gente que se lo cree todo.



Lou Carrigan

Nadie gana las guerras

Brigitte en acción - 80

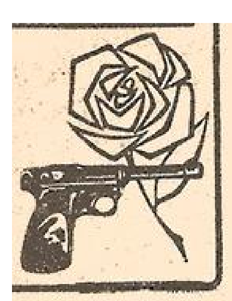
ePub r1.0

Titivillus 27.06.2017

Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

Tenía unas piernas sensacionales. Y unos bracitos deliciosos, bien torneados, dorados por el sol. Lástima que estuviese un tanto… gordita. Toda la perfección de piernas, brazos y hombros quedaba interrumpida en el seno y vientre, un poco demasiado abultado. Allá, en el seno y el vientre, se perdía toda la armonía del cuerpo de aquella muchacha rubia, cubierta por un maillot azul, que estaba esquiando estupendamente sobre el agua en la diminuta bahía frente a Big Pine Key, en los Kayos de la Florida. Delante de la bahía, a muy poca distancia, se veía la pequeña Munson Island.

El agua estaba azul, transparente, brillando al tibio sol de febrero. Y sobre esa agua azul y transparente, la gordita y graciosa rubita se deslizaba sobre sus esquíes a toda la velocidad de la lancha que la remolcaba, dejando un ancho corte blanco que se iba abriendo en espuma rezumante.

Su técnica para esquiar era formidable. Absolutamente natural, sin forzar el cuerpo, sin tirones, sin rigideces. Si además de aquella gracia incomparable, alguien hubiese tenido imaginación suficiente para imaginarse a la rubita con unas cuantas libras menos en el vientre y en el pecho, y en lugar de un maillot se la imaginase con un biquini rojo, por ejemplo… Sí. Si en lugar de llevar un maillot y unas cuantas libras de más en su cuerpo, alguien se la hubiese imaginado en biquini y con unas libras menos de grasa, aquella chica habría ocasionado una epidemia cardíaca en la pequeña localidad de Big Pine Key.

Lástima.

También fue una lástima que, de pronto, toda aquella gallardía deportiva se viese truncada. Algo pasó. La chica rubia perdió el equilibrio, dio una extraña vuelta, se soltó del pequeño trapecio de arrastre, y cayó de espaldas al agua, hundiéndose envuelta en espuma.

Lástima.

Quienes la habían estado admirando, desviaron la mirada, dedicándose de nuevo a sus revistas, a sus cigarrillos, a sus conversaciones, o a mirar a otras chicas que sí llevaban biquini.

Pero, realmente, nada había sucedido. La chica gordita volvió a la superficie, hizo señas al hombre de la lancha indicando que todo estaba bien, y se quedó flotando tranquilamente, esperando ser recogida. A su alrededor, más lanchas arrastraban a otros esquiadores. Se veían también unos cuantos *snipes*, de velas de colores. Más cerca de la playa, algunos nadadores retozaban alegremente. Un día luminoso, de sol rutilante.

La lancha estaba girando, para recoger a la fracasada esquiadora.

Y al mismo tiempo, un pequeño yate blanquísimo se acercaba a ella también, a buena marcha, que decreció de pronto, al ser parados los motores.

Un hombre alto, atlético, bronceado, tan guapo que debía de dejar sin aliento a cualquier jovencita, se asomó a la borda, agitando los brazos, gritando:

—¡Eh, Rose Marie…! ¿Eres tú? ¡Rose Marie!

La lancha de arrastre y el yate llegaron casi a la vez junto a la muchacha, que miraba sorprendida al hombre que la estaba llamando a gritos desde el yate.

—¡Hola, Simón! —gritó también—. ¿Qué haces en los kayos?

—Pescando —rio el atlético y bronceado individuo—. ¡Como siempre! ¡Hey, sube a bordo, te invito a un *martini*!

La lancha se había detenido, y el hombre que la tripulaba miraba expectante a la gordita rubia, esperando su decisión. Ella había recogido ya los esquíes, y los tiró sobre la lancha. Sí… Era una lástima que resultase tan gordita, porque cuando sonrió su boca sonrosada fue una maravilla, y sus grandes ojos azules se llenaron de una luz jamás vista por el lanchero.

—Está bien, Tom —dijo la rubita—. He encontrado a un amigo, y me quedo con él. Puede volver al embarcadero.

—Muy bien… ¿Regreso a buscarla más tarde?

—No, no… Mi amigo me llevará hasta la playa. Ya nos veremos mañana, seguramente. Resérveme una hora, ya sabe.

—Desde luego. Adiós, señorita Eggar.

La lancha se alejó, y la muchacha gordita se acercó más al yate, nadando con la misma gracia y facilidad con que había estado esquiando. Había estado esquiando tan bien que cualquier observador un poco suspicaz podría haber pensado que la caída al agua había sido intencionada.

El llamado Simón se dobló sobre la borda, tendiendo uno de sus fuertes brazos. La rubita pareció saltar en el agua, se asió con ambas manos a la del hombre, y este la colocó en cubierta de un solo tirón. La maniobra, en conjunto, resultó poco menos que una asombrosa acrobacia por parte de la rubita.

—¿De verdad tenemos *martini*, Simón? —Sonrió.

—Por supuesto. Con hielo y todo. Claro que si prefiere champaña con guindas…

—No… —rio ella—. A estas horas, lo indicado es un *martini*… ¿Con aceitunas?

—De Sevilla.

—¡Olé! Vamos adentro.

—Siempre a sus órdenes, Baby.

Entraron riendo los dos al interior del yatecillo. Era muy reducido, con el sitio justo para tres literas plegables, servicios, una diminuta cocina y un bonito y pintoresco *living-yatch*, atestado de libros, revistas, fotografías y pescados disecados. Había un montón de cañas de pescar, grandes carretes aptos para el tiburón… Una mesita diminuta, colocada frente a un estrecho sofá corrido a lo largo del alargado ventanal del lado de babor.

Simón proporcionó una toalla a la agente Baby, que ya se había quitado la peluca rubia de baño, de cabellos artificiales, apta incluso para ser llevada en la vida normal. Los negros y largos cabellos de Brigitte Montfort parecieron saltar en una brillante cascada.

—¡Uf…! Me fastidia llevar peluca, Simón.

—¿Sí? Pues más la debe de fastidiar llevar ese relleno en el maillot, ¿no es así?

—En efecto. Pero, querido, si yo fuese por aquí en biquini, sería la chica más famosa de Big Pine Key. Y eso… no nos interesa, según entiendo. No puedo ocultar la belleza incomparable de mi rostro, de mis piernas y brazos, pero sí algo de lo demás. Es lamentable, lo sé.

Simón se echó a reír.

—¡Es usted formidable! ¿De verdad está convencida de ser tan hermosísima?

Baby hizo un mohín delicioso de enfado.

—¿No lo soy?

—¡Desde luego, desde luego…! —Volvió a reír Simón—. ¿Cuántos *rocks*? ¿Le pongo ginebra, limón, *bitter*…?

—Dos *rocks*. De lo demás, nada. Un *martini* seco tiene que saber a *martini* seco, ¿no cree?

—Son gustos. Muy bien: dos *rocks* en *martini-martini*.

—Permanezca de espaldas, Simón. Voy a quitarme el maillot, y no quisiera provocar en usted un… cortocircuito.

—Permaneceré de espaldas: soy un hombre muy prudente, al que le gusta gozar de buena salud.

—Eso es primordial en los espías de acción, querido. ¿Se imagina lo tonto que sería que estuviese amenazando con un arma a un enemigo y de pronto le entrase tos?

Volvieron a reír los dos.

Simón parecía encantado de la vida. Y debía de estarlo, ya que ser designado para hacer contacto con la agente Baby era subir un escalafón dentro de la CIA, en la cual era número uno indiscutiblemente la agente de lujo Brigitte Montfort, alias Baby… La cual, tranquilamente, se quitó el maillot, con acolchado de espuma de nylon, y lo tiró a un lado, suspirando aliviada. Verdaderamente, falsear aquel cuerpo debería estar rigurosamente penalizado. Acabó de secarlo, lentamente, mirando con rencor el maillot amarillo.

Cuando Simón se volvió, Baby estaba graciosamente envuelta en la gran toalla de colores que se había colocado al estilo de las damas romanas del tiempo de los Césares.

—Adiós mis esperanzas —se decepcionó Simón—. He preparado los *martinis* a toda prisa, pero no he llegado a tiempo.

—Otra vez será —rio Baby, tomando la esbelta copa—. ¿Qué tal si entramos en materia, Simón?

Este asintió con la cabeza, señalando el estrecho sofá corrido bajo el ventanal. De detrás de un cuadro sacó un sobre de papel amarillo, de buen tamaño, que dejó sobre la mesita. Se sentó junto a Brigitte, encendió dos cigarrillos, le dio uno, y abrió el sobre, sacando de él, en primer lugar, un par de fotografías, en colores.

Eran del mismo hombre; una de ellas lo mostraba de cuerpo entero, en traje de calle. La otra era un primer plano del rostro. El hombre debía de tener alrededor de cincuenta años, tenía unas muy atractivas canas en las sienes, y un rostro noble, honrado, inteligente, aristocrático, severo y dulce al mismo tiempo…

—La clase de hombre que jamás podrá inspirar desconfianza a nadie —musitó Brigitte—. ¿Quién es…?

—El general Malcom Manchester, de la Marina de Estados Unidos.

—Vaya… Celebro que tengamos tan… hermosos y nobles generales. ¿Ha hecho algo… malo?

—¿Malo? No… Todavía no, al menos. Digamos que lo que ha hecho es irregular, sospechoso, intrigante…, inquietante, en suma. Se ha procurado una documentación falsa, a nombre de Pierre Civette, ciudadano francés. No sabemos cómo la ha conseguido, pero, evidentemente, no ha sido por sus propios medios. Alguien se la ha facilitado.

—Parece indudable… ¿Para qué quiere esa documentación falsa?

—De momento, según parece, para viajar.

—¿Viajar? ¿Adónde?

—Como destino inicial, tenemos Rabat, en Marruecos. El general Manchester tiene reservado pasaje, a bordo del *Atlantic Sea,* con destino a Rabat, bajo el nombre de Pierre Civette. El transatlántico sale de Miami dentro de tres días.

—Es ciertamente intrigante —musitó Baby—. ¿Se tiene alguna idea respecto a sus propósitos?

—Ninguna en absoluto. Hace un par de meses, el general comenzó a… mostrarse un tanto raro. Inquieto. Uno de nuestros agentes dobles introducidos en el
G-Dos
de la Marina, nos advirtió de ciertos… pequeños cambios en el comportamiento de Malcom Manchester. Era una cosa sutil, invisible. Pero Malcom Manchester ya nos había llamado un poco la atención por otro lado.

—¿Por otro lado? ¿En qué sentido?

—Bueno… Él ya no está en la Marina. Se dedica, desde hace un par de años, a la política. Es uno de los hombres más significados en

el Senado, y visita con cierta frecuencia la Casa Blanca. Nuestro presidente lo tiene en gran estima, tanto personal como profesional. Malcom Manchester, es, sin duda, un político de altura, un… fuera de serie. Durante los dos años que lleva interviniendo más o menos intensamente en la política del país, su voz se ha oído siempre con fuerza, insistente… De pronto, hace un par de meses, dejó de oírse.

—¿Qué pasó?

—No sabemos. Se… apagó.

—¡Se apagó! ¿Quiere decir que se anuló, que dejó de hacer oír su voz?

—Exactamente. Quizá le parezca una tontería, pero los psicólogos de la CIA dieron un dictamen: tristeza.

Brigitte se quedó mirando atónita al apuesto Simón.

—¿Tristeza? No comprendo…

—Malcom Manchester está triste. Muy triste. No lo demuestra, ni mucho menos lo dice. Intenta actuar de modo normal… Pero varias películas de él, en microfilme, fueron pasadas ante expertos psicólogos de la CIA, que dieron un… veredicto unánime: tristeza.

—Por el amor de Dios… ¿Qué le ocurre a ese hombre? ¿Tiene alguna dificultad, algún asunto personal que…?

Simón estaba moviendo negativamente la cabeza.

—Nada. Manchester tiene una sólida fortuna privada; es millonario. En toda su vida no hay un solo fracaso, por lo que difícilmente se puede hablar de… inhibiciones, malos recuerdos, remordimientos, sentido del fracaso… Nada. Desde niño, ha triunfado en todo. Naturalmente, estuvo en la Universidad. Luego, en la Academia Militar de West Point. Ha efectuado estudios privados sobre la Diplomacia y la Política… Sobre esto, incluso tiene escrito un buen libro de mucho éxito en su ambiente. Sabe pintar admirablemente, ha publicado varios libros de poesía, es un gran amante y conocedor de la música clásica mundial… Estuvo en la Segunda Guerra Mundial, en Corea, y últimamente como consejero bélico para armisticio en Vietnam… Es un hombre recto, justo, honrado, afectuoso con sus inferiores en rango… Consta claramente que tanto en la Segunda Guerra, como en Corea, e incluso en Vietnam, los soldados especialmente, lo estimaban de un modo absoluto, sin condiciones. Jamás ha tenido dificultades en nada, ha conseguido siempre lo que ha querido, es amigo personal

de nuestro presidente… El desconcierto de la CIA con respecto a las últimas actividades de este hombre es absoluto.

—Es sorprendente, en efecto —musitó Brigitte—. ¿Se sabe si ha tenido en alguna ocasión contacto con algún agente extranjero, o…?

—Desde que lo vigilamos, no, desde luego. Antes… ¿quién sabe?

—¿Se sospecha que pueda ser un traidor?

Simón encogió los hombros.

—Nadie se ha atrevido ni tan siquiera a sugerir eso, Baby. Sin embargo, ha cundido la alarma con el hecho de que Malcom Manchester haya obtenido un pasaporte falso y un pasaje en el *Atlantic Sea* para Rabat.

—Rabat… Si al menos lo hubiese tomado para… ¡qué sé yo…! Para Moscú, o Berlín, o Pekín, o… ¿Dicen que está triste?

—Eso dicen nuestros psicólogos.

—Es raro, sí… Un triunfador como él… ¿Está casado, tiene hijos, familia…?

—Solamente a su esposa. Y hasta en esto ha tenido… suerte. El general tiene cincuenta y seis años. Su esposa, muy bella, tiene ahora treinta y cuatro. Se casaron hace tres años.

—Quizá la causa de toda esa tristeza sea su esposa… No, ¿verdad? De nuevo movía Simón la cabeza en gesto negativo.

—La joven y linda esposa del general quizá no sea tan… seria como él quisiera. Lleva una vida un tanto independiente, frecuenta amistades muy personales… Se teme que haya algún disgusto de poca importancia en la vida íntima de Manchester. Pero, sin duda, Baby, convendrá conmigo en que un hombre de cincuenta y seis años, de la categoría de Malcom Manchester, no va a arruinar su vida porque su esposa sea un tanto… alegre. Él tiene demasiada personalidad y demasiado buen sentido para esas tonterías.

—Claro… Bien, ¿qué debo hacer yo? Apenas había tenido tiempo de llegar a Nueva York, cuando tío Charlie me envió de nuevo al Sur, esta vez a los kayos. No fue fácil lo de la isla artificial, y me gustaría… descansar unos días[1], de modo que vayamos directos al asunto. ¿Qué debo hacer yo?

—Vigilarlo —sonrió Simón—. Mientras tanto, este es un estupendo lugar para descansar, ¿no le parece?

—Cierto —sonrió la divina espía—. ¿Qué más contiene el sobre,

Simón?

—Un par de fotografías de la esposa del general, algunas más de él, y todo su historial, por si usted quiere leerlo antes de separarnos.

—Lo leeré ahora.

—¿Ahora? Bien… ¿Otro *martini*?

—Mmm… De acuerdo. Por una vez, repetiré.

* * *

—Interesante lectura. Un hombre asombroso, Simón. Es, verdaderamente, un fuera de serie.

—Ya se lo dije. ¿Quiere verlo? Está ahora en la playa, con su esposa.

—Por supuesto que quiero verlo.

Brigitte se puso de rodillas en el sofá, tomó los prismáticos que le tendía Simón, y miró hacia donde señalaba este, a la playa.

—Ya ha visto su foto. Supongo que lo identificará enseguida…

—Ya lo tengo… Es inconfundible. Y también su esposa… Es más bonita al natural que en fotografías… ¿Tenemos micrófonos instalados en sus habitaciones, Simón?

—Desde luego.

—¿Y…?

—Nada. Conversaciones normales… Bueno, han tenido un par de pequeños altercados conyugales, de poca importancia, por el momento.

—¿Por el momento?

—Parece que el general se está disgustando en serio con su esposa. Ella… sonríe con excesiva frecuencia a hombres más jóvenes que su esposo.

—Oh… Pero hemos quedado en que por eso no cometería ninguna acción… tonta un hombre como Manchester. Debe de haber otra causa para que él se quiera ir a Rabat, Marruecos, con pasaporte francés a nombre de Pierre Civette… ¿Hay algún otro Simón por aquí, Simón?

—Otro más. Él se encarga de los micrófonos y todo eso. Ahora está en la playa, no muy lejos del general. El tipo alto y flaco de mirada…

—¡Lo veo! —Rio Brigitte—. De mirada de persona hastiada de la

vida. Los espías somos unos completos hipócritas, querido. ¿Quedamos en que Malcom Manchester no ha efectuado contacto con nadie?

—Así es.

—Bien… Tendremos que vigilarlo, hasta que llegue el momento de tomar ese barco hacia Rabat. Se ha despertado mi curiosidad en muy alto grado: ¿por qué está triste un hombre como el general? No por su esposa, desde luego. Él tiene demasiada personalidad para que le afecten en su vida profesional esas cosas… El general está triste… ¿qué tendrá el general?

—Eso es de Rubén Darío —rio Simón—: *La princesa está triste, ¿qué tendrá la princesa? Un suspiro se escapa de su boca de fresa…*

—Queridísimo Simón, dediquémonos al general. Ya llegará mejor ocasión para dedicarnos a Rubén Darío y su triste princesita.

—*Okay*. ¿Más *martini*?

—No, por Dios… Repetir no es de buen tono. Triplicar ya es de mal gusto. Si se vuelve de espaldas, volveré a ponerme mi… disfraz.

En un par de minutos, Brigitte estuvo «metida» dentro del maillot que deformaba su espléndido cuerpo.

—Espero verla pronto en biquini —dijo Simón—. Por la CIA se dice que eso alarga la vida unos cuantos años.

—A algunos se la acorta —rio ella—. Cuidado, Simón.

Salieron riendo los dos a cubierta. Poco después, cerca de la playa, la rubita gordita de los rubios cabellos artificiales saltaba por la borda, se hundía en el agua, emergía, y tras un saludo a su buen amigo Simón, nadaba hacia la playa.

—¡Hasta la vista, Rose Marie! —gritó Simón.

Capítulo II

El resto de aquel día, y la mañana siguiente, transcurrió sin novedad. La bellísima espía de los ojos azules, camuflada en sus falsas grasas y sus rubios cabellos, y sobre todo en su veteranía y gran categoría de agente secreto, se dedicó a vigilar a Malcom Manchester. Y lo hizo con tanto tacto, con tanta delicadeza y sapiencia, que el general no sospechó lo más mínimo en ningún momento. Respecto a su esposa, ciertamente, era una dama más bien alegre, que por la noche, en el club del hotel, se dedicó a bailar con atractivos individuos, bajo la impávida, casi fría mirada inalterable de su marido.

La tarde del siguiente día sí sucedió algo. Algo muy importante, que dio lugar a que la agente Baby entrase de lleno en el asunto.

Hacia las cuatro y media, el general y su linda esposa salieron a la playa privada del hotel, dispuestos, evidentemente, a tomar un baño. El tiempo era bueno, y el general era un hombre sano, fuerte, un buen deportista.

Llegaron bajo un parasol, pero, tras un breve comentario, decidieron, muy lógicamente, prescindir de él. En febrero, aunque sea en un clima como el de los kayos, lo que gusta es tomar el sol, no la sombra.

Casi a las cinco, tras un primer baño corto en compañía de su esposa, Malcom Manchester decidió tomar otro. El agua invitaba, tersa y transparente Entró en el mar y comenzó a nadar hacia dentro. Su esposa lo miró unos segundos, pero pronto se cansó, y dedicó su atención a la lectura de una revista.

La agente Baby no se cansó de mirar al general. Había salido a la playa poco después que ellos, y se había sentado en la arena, libro en mano, lentes oscuros ante los bellísimos ojos, incómoda con su relleno del maillot amarillo. Por tanto, abandonó la postura de sentada para tenderse, boca abajo. Junto a ella, una pequeña radio

de transistores, tan baja de volumen que nadie la podía oír, sobre todo teniendo en cuenta que la espía internacional había buscado un lugar con poca gente cerca.

Fruncido el ceño, la agente Baby, mientras simulaba leer, se dedicaba a la más férrea vigilancia que Malcom Manchester hubiese tenido jamás sobre su persona. Lo veía nadar, hundirse en las transparentes aguas, emerger fuertemente, volver a zambullirse… Al fondo del cielo azul se veían unas diminutas velas blancas. En el embarcadero, media docena de yates pequeños. Hacia las rocas de la derecha, anclado, el yatecillo de Simón, quizás a cien ardas de la playa. Por supuesto, Simón también debía de estar mirando a Manchester, con los prismáticos, bien parapetado en el interior del yatecillo. A la izquierda, cerca de las rocas de ese lado, una lancha roja y blanca, con un hombre-rana asomado a la borda, vigilando la inmersión de su compañero, que había saltado poco antes, fusil acuático preparado. Más lejos, una lancha de buen tamaño se alejaba, con tres entusiasmados pescadores que aquella noche se dedicarían a la pesca del tiburón o peces mayores…

Mientras tanto, el general nadaba cada vez más hacia dentro, disfrutando del baño. Era un buen deportista, y, ciertamente, estaba en plena forma. Sus zambullidas eran cada vez más prolongadas.

Tan prolongadas que, finalmente, no salió. No, al menos, en el tiempo lógico que un hombre puede resistir por sí mismo en inmersión. El ceño de Baby se frunció aún más. Tocó la radio, que dejó inmediatamente de funcionar, y movió otro de los botoncitos.

—Simón —musitó, tensa la voz—. ¿Está a la escucha, Simón?

—Sí. Él no sale… ¿Lo ve usted, Baby?

—No.

—Quizá le ha ocurrido algo… Tantas inmersiones… Esperemos unos segundos más.

Pasaron diez segundos más, y Malcom Manchester no había vuelto a la superficie. Su bella esposa continuaba leyendo la revista… Todo seguía igual. Excepto que Malcom Manchester no subía a la superficie.

—¿Qué hacemos? —farfulló Simón—. Ese hombre se debe de estar ahogando…

—No se mueva de ahí. No pierda de vista la playa, Simón… Yo voy a ver qué está pasando.

Se puso en pie, y caminó procurando no mostrar ninguna prisa hacia el agua. Se metió en esta, y comenzó a nadar velozmente hacia el punto donde Malcom Manchester había estado por última vez. A su izquierda, el hombre-rana que había en la lancha la estaba mirando… Era un negro atlético, colosal, de hombros anchísimos… Solamente llevaba chaquetón de goma, con casco; los lentes los tenía alzados en la frente… Dejó de mirarla para prestar atención al fondo profundo de aquella parte de la pequeña bahía…

Malcom Manchester, realmente, había nadado muy hacia adentro. Brigitte llegó allá fatigada, más por la velocidad que había dado a su marcha que por la distancia recorrida.

Y demasiado tarde se dio cuenta del error que había cometido. Las aguas estaban transparentes, sí, pero de nada servía eso a una persona que intentase bucear sin lentes adecuados. Manteniendo la cabeza fuera del agua, se podía mirar hacia abajo y ver con cierta claridad el fondo… Es decir: podría haberse visto el fondo si este no hubiese estado mucho más abajo de lo que la espía había creído… Se veía la transparencia del agua, que se iba oscureciendo, oscureciendo…

Se sumergió rápidamente y nadó con fuerza hacia abajo, con los ojos abiertos.

Era una locura… Una completa locura. Una pérdida de tiempo, realmente. Y, mientras tanto, Malcom Manchester, ya con toda seguridad, debía de estar en el fondo, ahogándose, posiblemente muerto en aquellos momentos.

Subió a toda prisa a la superficie, moviendo mucho los pies, falta de aire en sus pulmones. Y mientras subía, comprendió que su único recurso consistía en aquellos hombres-rana que estaban en la parte izquierda rocosa de la pequeña bahía.

Salió a la superficie como disparada, tomando aire ávidamente, volviéndose hacia donde estaba la lancha con los pescadores submarinos. El que había estado buceando acababa de subir a la lancha, llevando ensartado en el arpón un gran pez, de no menos de doce libras. El otro sonreía, y le daba palmadas en la espalda. El buceador negro felicitaba al buceador blanco, y ambos parecían muy contentos.

—¡Eh! —llamó Brigitte—. ¡Aquí! ¡Aquí…!

El negro había puesto la lancha en marcha, y, sin duda debido al

zumbido del motor, no pudo oírla. El blanco se había sentado en la cubierta, y se estaba quitando las aletas natatorias, todavía puesto el ceñido chaquetón de goma y los lentes. La lancha partió a toda velocidad, salpicando agua a todos lados. El atlético negro se volvía hacia su compañero, que parecía decirle algo y reía entusiasmado.

Desesperada, Brigitte se volvió hacia el yatecillo donde Simón debía de estar a la expectativa. Los demás bañistas estaban muy cerca de la orilla, y parecía que nadie se había dado cuenta de nada. La esposa de Manchester continuaba leyendo, tranquilamente.

El yatecillo se estaba acercando velozmente, y Brigitte agitó una mano, dando más prisa a Simón, que al volante de la embarcación parecía querer empujarla aún más rápidamente, con movimientos impacientes. Tardó más de medio minuto en llegar, ya parados los motores, y Simón se asomó a la borda, colocándose los tubos de aire, dispuesto a saltar inmediatamente, preparado para la inmersión.

—¡Simón! —gritó Brigitte—. ¡No! ¡Tíreme los tubos y los lentes! ¡Y las aletas de goma! ¡Yo bajaré!

—Sería mejor que…

—¡Haga lo que le digo, y salga ahora mismo detrás de la lancha blanca y roja que había en el otro lado de la bahía! ¡De prisa!

—Está bien.

Le tiró los lentes y las aletas de goma. Luego, los dos tubos de aire. Inmediatamente, perfectamente enterado de que la agente Baby era la más eficaz y astuta agente con que contaba la CIA, puso de nuevo en marcha el yatecillo, y se alejó de allí saludando con la mano.

Brigitte ni siquiera contestó al saludo, ocupada en colocarse a la espalda los atalajes de los tubos de aire. Se metió la boquilla en la boca a toda prisa, abrió la válvula y se sumergió.

* * *

Cuando volvió a la superficie, casi diez minutos más tarde, había mucha gente congregada en la playa, todos mirando hacia allí. Vio perfectamente a la esposa de Malcom Manchester, señalando hacia aquel lugar… Una lancha se estaba despegando del embarcadero, con cinco o seis hombres en ella, y se acercaba a toda velocidad a

aquel sitio trágico.

Por fin se habían dado cuenta. La señora Manchester debía de haber dado la voz de alarma, y ahora, en la lancha, varios hombres iban hacia allí, en tardío auxilio de Malcom Manchester. La profundidad era mucha en aquel sitio, había rocas con profundas grietas, algas, grandes peces…

Baby se sumergió rápidamente, eludiendo la llegada de la lancha. Estaba convencida de que no la habían visto, o bien, que no sabían que era ella quien estaba allí. En eso confiaba, al menos.

Una cosa era segura: iba a resultar por completo inútil buscar al general Malcom Manchester.

* * *

Abrió la puerta de su pequeña pero elegante y confortable *suite*, y Simón entró rápidamente. Su rostro mostraba gran preocupación, una cierta perplejidad, y, en el fondo, un ramalazo de furia.

—No lo han encontrado —musitó.

—Por supuesto —murmuró Brigitte.

—Han abandonado la búsqueda muy pronto, según parece —añadió él—. Se hizo de noche enseguida, y tuvieron que desistir. Eso es lo que se dice en el hotel. La señora Manchester está desconsolada.

—En el fondo debe de ser una buena chica, supongo —dijo Baby—. ¿Cómo ha sentado la noticia?

—Pues… Bueno, son accidentes que pasan con alguna frecuencia. Hay lugares muy profundos allá, y se supone que Manchester tuvo un calambre o un desvanecimiento, y no pudo salir. Se ahogó, y se ha ido muy al fondo. Al amanecer vendrá una lancha de la U. S. Coast Guard, con sus hombres-rana, para ver de recuperar el cadáver. Todo el hotel está pendiente del accidente. No se habla de otra cosa.

—Es natural.

Simón se quedó mirando astutamente a la espía. Brigitte llevaba ahora una cortísima camisita transparente; tan transparente que habría convencido a cualquiera de que aquella mujer de negros cabellos y cintura delgadísima no tenía nada que ver con la rubia y gordita *miss* Rose Marie Eggar, que, oficialmente, ocupaba aquella

suite.

—Me estoy preguntando qué explicación daremos a Washington sobre este fracaso nuestro, Baby.

—Buscaremos alguna que sea convincente —sonrió ella, pensativa—. ¿Adónde fueron los dos hombres de la lancha? ¿Pudo seguirlos?

—No los vi. Solamente vi la lancha, ya vacía.

—¿Dónde?

—Siguiendo la costa hacia el norte hay un pequeño motel, que tiene un embarcadero blanco y azul. La lancha estaba allí, amarrada. No vi a ninguno de esos hombres, Baby. La lancha era muy rápida, y yo salí con desventaja…

—Claro, Simón, no se preocupe.

—En la Central no serán tan benévolos como usted —gruñó el espía.

—En la Central, usted lo sabe, se toma muy en consideración cuanto yo digo. Olvide eso, nadie va a… regañarle. ¿Cómo se llama ese motel en cuyo embarcadero ha visto la lancha?

—Blue Key Motel. Es pequeño. Poca gente. Hubiese mirado por allí, pero ni siquiera conocía a los ocupantes de la lancha. Solo pude ver que uno era blanco, y el otro negro… ¿Los considera importantes?

—No sé. ¿Y usted?

Simón encogió los hombros.

—Tampoco sé qué pensar. Ciertamente, su presencia allí parece demasiado casual. Pero, si vamos a considerar eso, había más personas en la bahía, lanchas, *snipes*…

—Pero ninguno estaba dedicado a la pesca submarina, aparte de esos dos hombres.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno… Imagino que usted ha ido a pescar bajo el agua más de una vez, Simón.

—Sí… —Parpadeó él—. Desde luego. ¿Y qué?

—¿Nunca ha llevado arpones sueltos?

—Claro, de recambio por si… ¿Qué está tratando de decirme? ¡Espere…! Oiga, no… No, no. ¡Demonios, no!

—¿Por qué no? —Sonrió secamente Brigitte.

—Pero… Bien, todo es posible en nuestro asqueroso mundo del

espionaje… Sí… ¿Por qué no? Uno de esos hombres, el blanco, el que estaba nadando, podía llevar algún arpón suelto. Estaba… esperando a Malcom Manchester… Ya había arponeado un pez, antes. Cuando Manchester llegó a su altura, se fue a por él… Le clavó un arpón de los sueltos, lo mató, dejó que se fuese a lo más hondo… Luego, recogió el hilo del arpón con el cual había clavado ya un pez, lo ató al fusil acuático, volvió a la lancha…, y los dos se fueron de allí a toda prisa. ¿Eso es lo que piensa?

—Es una teoría solamente, Simón.

Este había palidecido ligeramente.

—Una teoría muy… admisible, Baby. Pero me pregunto: ¿por qué? ¿Por qué matar a un hombre como Malcom Manchester, que jamás hizo mal a nadie? Al contrario, él ha sido un hombre… excepcional en todos los aspectos. Sobre todo, en el humano. Goza de la música, de la poesía, los soldados le quieren… ¿Por qué matar a un hombre así?

—Vamos a ver si conseguimos enterarnos, Simón.

—Desde luego que sí. Iré a ese motel donde está el negro de la lancha y el otro, y…

—No. —Brigitte movió negativamente un dedito—. No, Simón. Yo me encargaré de eso. Conozco al negro, de modo que llevo ventaja. Llame a nuestro compañero Simón por la radio, y dígale que en cuanto tenga una oportunidad retire los micrófonos de las habitaciones de los Manchester. Luego, él se dedicará exclusivamente a vigilar a la teórica viuda.

—¿Y yo?

—Usted… será mi pieza maestra. Una especie de comodín, Simón, que iré moviendo según vayan sucediendo las cosas. ¿Le molesta?

—No… —rio él—. Entiendo que eso es un privilegio tremendo. Será un placer para mí convencerme de que la agente Baby jamás falla… ¿Por dónde empezamos?

—Empezaré yo personalmente. —Fue al armario y sacó el maletín rojo con florecillas azules—. Me parece que lo primero que debemos hacer es conseguir fotografías del hercúleo y hermoso negro que había en aquella lancha, así como de su compañero blanco. Por tanto, tendré que merodear por el Blue Key Motel, esperando esa oportunidad. Luego…

—¿Qué?

—Bueno… El plan es un poco complejo, Simón. Es posible, incluso, que tengamos que pedir un par de muchachos más. No quiero dejar de mi mano ni un solo hilo de este juego de marionetas.

—¿Realmente ve las cosas tan complicadas?

—Tenemos que partir de una base, Simón: Malcom Manchester no era un hombre… vulgar. Era inteligente. Un gran estratega, un político de altura, un hombre sereno, equilibrado… Sí. Yo creo que todo es mucho más complejo de lo que parece a simple vista.

—¿Qué tal si me explica todo lo que está pensando? Podríamos intercambiar ideas.

—Eso siempre es conveniente. De acuerdo, Simón. Yo le diré lo que creo que está sucediendo hasta el momento. Luego… Sí, luego, todos empezaremos a trabajar de verdad.

Capítulo III

Veintiocho horas más tarde, cuando Brigitte Montfort se disponía a acostarse, sonó la llamada en la puerta de su *suite*. Sacó su pistolita de cachas de madreperla, y fue allá, ataviada únicamente con un diminutísimo biquini rojo.

—¿Quién?

—Simón.

Abrió la puerta, Simón entró, y la cerró rápidamente. Cuando miró a su compañero de la CIA, este se hallaba turulato, atónito, estupefacto, petrificado.

—¿Le ocurre algo, Simón?

—De… monios. ¡Por fin la veo en biquini, tal como es usted! Y si quiere mi opinión…

—La sé de memoria, querido, porque no es usted el primer hombre que me ve en biquini. Al grano, Simón, querido. ¿Cómo se ha dado el día?

—Bien. Sin contratiempos, sin dificultades… Es decir, una sola.

—¿Cuál?

—Con la fotografía que usted tomó del negro, lo he podido vigilar estrechamente. Pero, preciosa, yo tampoco he podido ver a su compañero blanco. Deduzco que él fue el… ejecutor, y que una vez cumplida su misión, se ha esfumado.

—Lo clásico. ¿Y el negro?

—Se llama Abe Roberts, y es de Atlanta, Georgia, según parece. Está aquí por puro gusto…

—¿Averiguó el nombre del otro? Debieron de llegar juntos, quizás, o se habrán visto en alguna ocasión en el motel, o fuera de este…

Simón parpadeó, confuso.

—No hay ningún otro.

—¿Cómo?

—Nadie se ha relacionado con Abe Roberts. Es de suponer que su compañero, que era quien tenía que cometer el asesinato con un disparo de fusil acuático, solo estuvo en contacto con él en el momento del trabajo. Abe Roberts debió de recogerlo con la lancha en algún punto, lo trajo a la bahía de Big Pine Key, lo recogió cuando hubo disparado contra Malcom Manchester, y lo volvió a dejar en cualquier lugar de la costa. Es solo una teoría, claro —sonrió.

—Como teoría, admitida —sonrió también Brigitte—. ¿Qué más?

—Se va mañana.

—¿Quién?

—El negro gigantesco y apolíneo, el tal Abe Roberts.

—Oh… ¿Regresa a Atlanta, Georgia?

—No. Ha pedido reserva de pasaje en avión a Miami. Es decir, llamó a Miami para pedir que le reservasen una plaza en el vuelo que lleva a… ¿Adónde diría usted?

Brigitte entornó los ojos.

—¿A Rabat, Marruecos? Simón abrió mucho los ojos.

—Demonios, Baby, usted no deja que nadie la sorprenda…

—¿He acertado?

—Desde luego.

—Asombroso… Extraordinario… Increíble, Simón. No me refiero al hecho de que yo haya acertado eso, claro… ¿Qué día sale para Rabat nuestro amigo Abe Roberts?

—Pasado mañana.

—Ajá… ¿Qué me dice de la señora Manchester?

—Regresó a Washington, naturalmente. Y, como usted indicó, dos muchachos de allá se están encargando de vigilarla discreta y honorablemente. Sin novedad, por el momento. Pero quizás haga algo…

—No —cortó Brigitte—. La señora Manchester no hará absolutamente nada. Casi aconsejaría que dejasen de ocuparse de ella, pero no se pierde nada vigilándola. De todos modos, nosotros vamos a… olvidarla, ya que no es pieza importante en esta partida. Vamos a ocuparnos, exclusivamente, del formidable negro llamado Abe Roberts, de Atlanta, Georgia. ¿Qué sabemos de él?

—Nada.

—¡¿Cómo, nada?! ¿La CIA no ha podido saber nada sobre un ciudadano americano? Vaya… —Sonrió—. Quizá tengamos que recurrir a los archivos del FBI, Simón.

—No lo creo necesario. Abe Roberts no consta en ningún sitio.

—¿No consta en ningún…? ¿Qué significa eso?

—Estadísticamente, civilmente, no existe. Diríase que no es ciudadano de los Estados Unidos.

—Bien… Quizá no sea el único en esas condiciones.

—Podemos detenerlo, interrogarlo, y así él diría…

—¡No! —exclamó Brigitte—. ¡Ni hablar de eso, Simón! Sería lo mismo que llegar a un coto de caza disparando al aire.

—¿Espantaríamos la caza?

—¡Naturalmente! No, no, nada de molestar a Abe Roberts… Al contrario: hay que darle facilidades para que pasado mañana tome su avión con destino a Rabat… ¿Su destino es allí, o solo se trata de una escala hacia otro punto, quizá de Europa, o de la misma África…?

—Su destino es Rabat, Marruecos. Es decir, el mismo punto para el cual tomó pasaje en barco Malcom Manchester con el falso nombre de Pierre Civette, ciudadano francés.

—Sí… Es curioso, ¿verdad?

—Quizás el general Manchester sabía algo que estaba ocurriendo allá, se convirtió en un personaje peligroso, y… enviaron a matarlo. El cadáver todavía no ha sido encontrado, a pesar de que, nada menos, lo están buscando los hombres-rana de los Guardacostas.

—¿Qué podía saber de especial el general Manchester sobre Rabat? —musitó Brigitte—. Un momento… En el informe sobre él se mencionaba que varias veces había estado en África, de safari… Un gran conocedor de ese continente.

—Quizá demasiado conocedor. Y eso disgustó a alguien.

—Es más que posible. Tengo un… presentimiento, Simón… ¿No es mañana cuando zarpa el *Atlantic Sea*, rumbo a Rabat?

—Sí. Ese es el barco en el cual Manchester sacó pasaje con el falso nombre de Pierre Civette.

—Quiero que vigilen ese barco, a su salida.

—No comprendo…

—Quiero que lo vigilen, simplemente. Pase esa… sugerencia mía

a Washington a la mayor brevedad. Si es posible, directamente a Miami.

Simón sonrió astutamente.

—Le estoy viendo el juego, Baby… ¿Está pensando que Malcom Manchester no ha muerto, y que tomará ese barco hacia Rabat?

—Es una posibilidad —sonrió Brigitte—. Y el espía que desdeña cualquier posibilidad, no es espía, Simón.

—Cierto. Ese barco será vigilado cuando zarpe mañana. En cuanto a Abe Roberts…

—También lo dejaremos marchar, en avión, con destino a Rabat.

—Si se marcha ese negro, nos quedaremos completamente desorientados.

—Cierto —sonrió Brigitte—. A menos, claro está, que alguno de nosotros vaya también a Rabat.

—¡Cómo! ¿Piensa usted ir a…?

—¿Qué número de vuelo tiene Abe Roberts para pasado mañana?

—El ciento catorce. Pero…

—Es todo, Simón.

—Pero si usted piensa ir a Rabat…, convendría avisar a…

—No, no… Nada de movilizar a la CIA en Rabat, Simón. Si voy a Rabat, me las arreglaré sola. Pero, realmente, todo depende de lo que ocurra mañana cuando salga el *Atlantic Sea* de Miami. ¿Cuándo sale para Miami nuestro hermoso negro?

—Mañana por la tarde.

—Ah, qué bien. Lo estaré esperando allí. Yo me marcharé de este hotel mañana por la mañana, hacia Miami. Puesto que Abe Roberts está bajo su expertísima vigilancia y la de Simón, me… relajaré. Y ahora, Simón, déjeme sola, por favor. Quisiera dormir unas horas.

—De acuerdo. Pero si piensa ir a Rabat…

—Ya hablaremos de eso. Buenas noches, Simón.

Le dio un besito en la boca, y Simón salió de allí dando tumbos, como atontado. Brigitte se sentó ante el pequeño buró de su *suite*, apercibió papel y un bolígrafo, y quedó unos segundos pensativa, antes de empezar a escribir el siguiente telegrama:

ALI — HOTEL PARAISO — MARRAKECH — MARRUECOS *STOP*. EN VUELO 114 DE PASADO MAÑANA PROCEDENTE

DE MIAMI LLEGARÁ A RABAT UN QUERIDO AMIGO MÍO LLAMADO ABE ROBERTS SEGÚN CONSTA EN LISTA DE PASAJEROS *STOP*. YO LLEGARÉ AL DÍA SIGUIENTE Y QUISIERA DARLE UNA SORPRESA YA QUE NO SABE QUE ME INTERESO POR ÉL *STOP*. BESOS.

Releyó el telegrama hizo un par de correcciones de escasa importancia, y luego lo pasó a otra hoja, en francés. Lo leyó por última vez y asintió con la cabeza. Estaba perfecto. Alí tendría que saber a qué atenerse con aquello…, a menos que en la actualidad fuese mucho más tonto que tiempo atrás. Cosa poco probable, ciertamente, ya que, en general, la astucia va en aumento en las personas, no en disminución.

Descolgó el teléfono de su *suite*.

—¿Puede enviarme un botones, por favor? Quisiera poner un telegrama con la máxima urgencia.

—Enseguida, señorita Eggar.

—Gracias.

Apenas dos minutos más tarde, un botones se presentaba a Brigitte, que le entregó el telegrama y un billete de veinte dólares, además de una estupenda sonrisa.

—Espero que lo entiendas, muchacho. Este telegrama es urgentísimo.

—Descuide, señorita. Lo he hecho otras veces… Saldrá esta misma noche.

—Entonces, te has ganado de verdad la propina. Adiós.

—Buenas noches, señorita Eggar.

Tres minutos más tarde Brigitte Montfort, alias Baby, la espía internacional más inteligente, astuta y relacionada del mundo, dormía tranquilamente, en biquini. Sin lugar a dudas, el botones habría lanzado un grito si hubiese visto a la rubia y gordita señorita Eggar tal como era en realidad. Pero ya no tendría oportunidad, porque a la mañana siguiente la señorita Rose Marie Eggar se marcharía del hotel, en un coche alquilado, rumbo a Miami.

* * *

Simón entró en el coche, sentándose junto a Brigitte, con un suspiro de cansancio. De aburrimiento, quizá de decepción.

—Bien —señaló el avión que se estaba elevando sobre el Miami International Airport—. Ahí va nuestra última pista, Baby.

—¿Nada de interés?

—Nada en absoluto. Y tampoco ayer, en el *Atlantic Sea*. Por supuesto, el general Malcom Manchester no tomó ese barco. Tampoco apareció bajo la personalidad de Pierre Civette. Ni se ha visto a nadie que pudiese resultar sospechoso.

—¿Qué conclusión obtiene usted de todo esto, Simón?

—No sé. Quizás el general estaba asustado, quiso huir…, y no le dieron tiempo.

—Teoría admitida. ¿Y respecto a Abe Roberts?

—No sé, tampoco. Quizá todo haya sido una coincidencia.

—Claro… —Sonrió la espía—. Una coincidencia.

—Está bien, está bien —refunfuñó Simón—, ya sé que las coincidencias no existen en el espionaje. Pero yo estoy hecho un lío, y no se me ocurre nada.

—¿Qué hay sobre la señora Manchester?

—Sigue en Washington. Se ha abandonado ya la búsqueda del cuerpo general. Los del servicio de Guardacostas han expuesto también una teoría: cabe la posibilidad de que por aquellas aguas rondase un tiburón pequeño que lo atacó, se lo llevó, lo devoró… Eso, ciertamente, justificaría el accidente.

—Sin duda.

—Pero usted no está de acuerdo.

—¿Por qué no? —Sonrió dulcemente la divina espía—. Cualquier teoría o explicación es siempre buena, Simón…, hasta que se demuestre lo contrario.

—¿Y usted va a demostrarlo? —Sonrió Simón.

—Bueno… De momento, tengo un pasaje para mañana en un vuelo directo a Rabat. Una vez allá, veremos lo que ocurre.

—¿La Central ha autorizado ese viaje de usted?

—Mucho me temo que incluso lo ignoran.

—¿Cómo…? Por favor, Baby, usted no puede…

—Querido, amado, idolatrado Simón: yo puedo. Dice un refrán español que, «muerto el perro, se acabó la rabia». Eso quiere decir que todo ha terminado, puesto que el general Manchester ha…

desaparecido. Y si todo ha terminado…, ¿por qué no puedo yo tomarme unas vacaciones en Marruecos?

—Pero la CIA…

—Oh, vamos, Simón… La CIA ya está al corriente de mis genialidades, por decirlo así. ¡Ah, Marruecos…! Sol centelleante, palmeras rebosantes de dulces dátiles, higos, almendros, pitas, arena dorada al sol, ojos ardientes, granados en flor…

—Tal como usted lo pinta, hasta yo quisiera ir allá.

—Mas no conmigo, querido —rio ella—. Pero, eso sí, puede desearme feliz estancia en Marruecos.

Capítulo IV

Rabat había sido llamada, mucho antes, Ribat El Fat, esto es, «Campo de la Victoria», cuando era solamente un simple campamento militar. Hoy, Rabat produce, como primera impresión, la de ser la ciudad de los árboles y las flores, que abundan en sus hermosos jardines famosos: Belvedere, Jardín del Triángulo, los Udaias, Experimental… Se destaca en el cielo, al fondo, los restos de la Torre de Hasan, como silencioso y ruinoso testimonio de lo que fue el famoso minarete. La explanada del Mexuar, con el palacio de S. M. el sultán al fondo… Cada viernes, el sultán, a caballo, abandona su palacio y, cruzando el Mexuar, se persona en la mezquita de Djamaa Ahel Fes, para presidir la oración solemne.

En Rabat, como en tantas ciudades exóticas de todo el mundo, lo típico, lo pintoresco, se mezcla con lo furiosamente moderno: edificios de diez, quince, veinte pisos de altura, blancos y brillantes al luminoso sol del trópico.

En lugares como Rabat, el turista, el que viaja con billete de ida y vuelta a plazo fijo, no tiene tiempo de ver nada. Nada. Por mucho que se la expliquen, no se entera de nada. Solamente ve, con los ojos muy abiertos, atónitos, el mundo desconocido, lejano y moderno a la vez. No tiene tiempo de conocer, de asimilar. Solamente, ve… Y ya es bastante.

Gentes de todas clases; hombres, mujeres, niños, militares de espeso bigote, jovencitas rubias de Suecia, de Irlanda, de Alemania… Negros bereberes, mujeres furtivas envueltas en sus blancos mantos… En Rabat hay que vivir, no pasar por ella.

Solo que, a veces, se llega a Rabat aún con menos tiempo que un turista. A veces, se llega a Rabat, o a cualquier ciudad del mundo, con el escaso y peligroso bagaje del espía profesional. En esos casos, casi seguro, ni siquiera tiene tiempo de «ver» Rabat. Simplemente, el espía «pasa» por Rabat… o por donde sea. Tanto importa Rabat,

como Tokio, París, Viena, Calcuta, Singapur… Se «pasa» a toda prisa por allí. Y si se logra pasar, si se sale con vida, ya es mucho, ya es casi demasiada suerte.

De los pasajeros que descendieron de aquel vuelo procedente de Estados Unidos, uno…, es decir, una, tenía aspecto de todo lo mencionado. O sea, de querer vivir, ver y pasar por Rabat. Todo a la vez.

Grandes ojos azules que sonreían, boquita sonrosada, cuerpo de hurí… Una maleta corriente y un maletín rojo con florecillas azules estampadas eran todo su equipaje.

Naturalmente: la agente Baby, que llegaba a Marruecos como la periodista Brigitte Mantfort, enviada por él *Morning News*, de New York. Mentira, también naturalmente.

Pero esto no había por qué decirlo en los servicios de entrada al país. Ni tampoco había que explicar que aquel caprichoso maletín rojo con florecillas azules contenía trucos para matar, si así fuese necesario, a cien personas…

No hubo dificultades. Así, Brigitte Montfort salió de los servicios aduanales, con su cándida y dulce sonrisa de niña feliz. Y apenas hubo dejado atrás estos trámites, un muchacho marroquí, de apenas veinte años, apareció corriendo ante ella, brillantes sus negrísimos ojos, tenso el rostro por la emoción, temblorosos los labios un tanto gruesos.

—Alá es misericordioso conmigo, Alá es grande, Alá es el cielo de los fieles creyentes… ¡Alá sea contigo, señorita Montfort!

—Alí —sonrió la viajera, tendiendo su mano—… ¿Cómo está mi buen Alí?

—¡Más feliz que en el paraíso… Mahoma me perdone! ¿Es cierto lo que ven mis ojos?

La bellísima espía se echó a reír.

—¿Qué ven tus ojos, Alí?

—La mujer más hermosa que Alá y Mahoma podrían elegir para el mejor de los fieles… Han pasado casi dos años, señorita Montfort… ¡y usted está aún más joven, más divina, más…! ¡Alá sea siempre, siempre, siempre contigo, Brigitte Montfort!

—Eres muy amable, Alí. Casi dos años —suspiró la divina espía —. Sí, ese es el tiempo que ha pasado[2].

—No ha pasado para usted, señorita.

—Sí… Sí ha pasado el tiempo incluso para mí, buen Ali… Si empezamos a contar, sabremos que el tiempo ha pasado… Febrero de mil novecientos sesenta y ocho… Oh, Dios me perdone: ¡pronto cumpliré veintinueve años!

—Alá ha sido bondadoso con usted… En mi país, en mi raza, una mujer de veintinueve años ya es vieja. Pero usted no es vieja, nunca será vieja… ¡Siempre será la más joven y hermosa de las mujeres de todo el mundo! ¡Y siempre, siempre, Alí será su esclavo, su…!

—Basta, basta —rio la espía—. Ha sido un recibimiento digno de una reina, Alí. Ya es suficiente.

—¿Suficiente? —protestó el muchacho árabe—. Alí tiene aquí dentro el recuerdo eterno de la más hermosa y dulce de las mujeres. Cada día, durante dos años, he estado recordando el gran corazón de…

—Te lo suplico: ya basta. Me has emocionado ya lo suficiente. Tienes que saber, Alí, que cuando la alegría se ve tan claramente como yo la veo en tus ojos, ya no son necesarias las palabras.

—Alá te dio sabiduría y belleza a la vez. Ya no diré nada más. ¿Nos vamos a Casablanca, señorita Montfort?

—¿A Casablanca? El hombre que te señalé vino a Rabat, ¿no es así?

—Así es, señorita. Pero él se fue de aquí a Casablanca, en un coche de alquiler. Y ahora está allí, en el El Daiba Hotel, en la Avenida de Mohamed.

—¿Pudiste seguirlo?

—Tengo un buen auto —sonrió Alí, mostrando sus grandes y blanquísimos dientes—. Un taxi estupendo, que pude comprar con los diez mil dólares americanos que me regaló la más bella hurí del paraíso. El coche y yo, señorita Montfort, estamos a su disposición. Y también tengo algo del dinero que me sobró, y del que he ganado con el coche… Todo lo que tengo es para usted, si lo necesita.

—De momento, me conformaré con el coche, buen Alí. Vamos a Casablanca.

—Yo llevo sus maletas. La llevaré al mejor hotel de Casablanca, estaré con usted, la guiaré por allí…

—Creí que solo conocías Marraquech.

—Marraquech es mi ciudad. Allí vivo. Pero conozco todas las

ciudades, todos los rincones. Alí será muy útil siempre a la más hermosa hurí que se pueda soñar. Alí…

—Alí dejará de hablar, me dirá cuál es su taxi, y me llevará a Casablanca.

—Alí obedece ahora mismo a la señorita Montfort. El maletín no lo llevo yo, ¿verdad?

—Yo lo llevaré. Vamos al coche.

* * *

—Es un hermoso taxi, Alí. Debió de costarte mucho dinero.

—Sí… ¡Pero menos de diez mil dólares! La verdad es que soy un hombre rico, ahora. Bueno… No millonario, pero sí rico. En Marruecos, la riqueza se mide de modo diferente a los Estados Unidos. Pero todo lo que tengo…

—Lo sé, lo sé… Parece que Rabat va quedando atrás…

—Oh, sí. Estamos ahora en la carretera de la costa que lleva de Rabat a Casablanca. Pasaremos ahora por Bou Znika, Mohammedia, Fedala… Son apenas cien kilómetros hasta llegar a Ed Dar El Beida… Bueno, a Casablanca, como decís vosotros.

—Háblame del hombre llamado Abe Roberts.

—Ah, sí, sí… Bueno, Alí miró las listas… Tiene amigos en todas partes. Había un hombre llamado Abe Roberts, sí, eso es cierto, que llegó ayer a Rabat. Alí estaba allí, esperándolo…

—¿Es este?

Brigitte tendió al muchacho una fotografía tomada a distancia y con microcámara a Abe Roberts, en Big Pine Key, Florida.

Alí la tomó alzando una mano por encima del hombro, le echó un rápido vistazo sin dejar de atender la marcha por la carretera, y la devolvió.

—Este es, señorita Montfort. Pero ese hombre… está mintiendo.

—¿Mintiendo?

—No se llama Abe Roberts. O no se llama Kino Ombato. Uno de los dos nombres tiene que ser falso, ¿verdad?

—Verdad —musitó la espía—. ¿Está ahora en el El Daiba Hotel con el nombre de Kino Ombato?

—Sí, señorita.

—¿Qué más sabes de él?

—Nada más. No he querido pedir ayuda, por discreción. Tuve que seguirlo a él, vigilarlo esta mañana, venir a Rabat a buscarla a usted…

—Lo has hecho muy bien, Alí, no pidas disculpas. ¿Alguien estaba esperando a Abe Roberts en el aeropuerto de Rabat?

—Nadie. Él llegó, alquiló un taxi, se hizo llevar a Casablanca. Al llegar a Casablanca, tomó otro taxi, despidiendo al de Rabat. Entonces se fue al hotel El Daiba. No ha hablado con nadie, al menos fuera del hotel, ni nadie le ha abordado… Parece un hombre solitario que está esperando algo.

—Kino Ombato… ¿Lo conoces de algo, te suena el nombre…?

—No.

—¿El nombre te parece marroquí? Quiero decir ¿berebere, o…?

—No, no, no… El nombre parece… de más al sur.

—¿Más al sur? ¿Del sur de África, quieres decir, o del sur de Marruecos, o…?

—Más al sur de África. De esos países nuevos que todavía no han aprendido muy bien a salir adelante. No podría decirle de cuál de ellos. Solo que Kino Ombato es de más al sur. Él es… un negro puro.

—Entiendo. ¿Eso significa algo para ti? ¿Algo especial?

—No… No sé. Creo que no. Solamente que es del centro de África. Seguramente, de la costa. Por el centro, los negros son más pequeños. Tampoco es uno de la raza watusi y parecidos, que son de más al este y al norte… Seguramente, es del centro y de la costa. De ahí debe de ser Kino Ombato.

—¿Qué hizo él cuando llegó?

—Se fue a Casablanca… Cenó… Paseó por Casablanca, hasta medianoche. Por la mañana, o sea, hoy, ha estado en Fedala, en la playa. ¿Conoce el Fedala?

—No…

—Alí le enseñará Fedala… Es una playa muy hermosa… La más hermosa de Marruecos, la más grande. Pasaremos dentro de poco por delante. Siempre hay gente en Fedala. Extranjeros, la mayoría… Marruecos tiene buen clima.

—Muy bueno —sonrió Brigitte—. ¿Estás seguro de que Kino Ombato no habló con nadie?

—Alí no lo vio.

—Está bien… Me llevarás al El Daiba Hotel, Alí.
—¿El mismo donde está Kino Ombato?
—Claro.
—Claro —sonrió el muchacho—. Alí la llevará allí.

* * *

El Daiba Hotel, para desencanto de Brigitte, no era uno de esos típicos hoteles marroquíes. Ni mucho menos se parecía a aquel llamado Hotel Paraíso, en el que estuvo durante su anterior, ya vieja aventura, en Marraquech, casi dos años atrás. El Daiba Hotel era de construcción moderna, con cierto sabor típico, ciertamente, pero sin naranjos ni almendros o granados en flor en el patio. Un gran vestíbulo, varios pisos de altura, habitaciones confortables con aire acondicionado… Europeo cien por cien… con unas gotitas de tipismo local. Casablanca, como Rabat, como todas las ciudades del mundo por exóticas que sean, había cedido el paso, ciertamente, a la construcción moderna.

La periodista señorita Montfort ocupó una pequeña pero hermosa *suite* de dos habitaciones solamente, con vistas al mar, cuarto de baño y servicio de bar… Ah, la civilización…

Era ya de noche cuando se consideraba definitivamente instalada en el hotel. Todo en su sitio, todo ordenado, todo a punto para ser utilizado en cualquier momento. Un espía desordenado o descuidado sería como… como un soldado que fuese a la guerra sin su fusil. Fatal. Mortal.

Tendida en la cama, Brigitte accionó el botoncito de la pequeña radio gemela a la que había entregado antes a Alí.

—¿Alí?

—¡Servidor de usted y de Alá!

—Formidable —rio la divina—. ¿Lo recuerdas bien todo?

—Sí, señorita Montfort. Si Kino Ombato no sale esta noche, yo me retiro a las doce, a dormir, y regreso delante del hotel, con mi coche, a las siete de la mañana, para seguir vigilando. Si él saliese, yo la llamo a usted por este aparato, y se lo digo. Y si veo que él se va y usted aún no ha salido, no la espero a usted sino que le sigo a él, y la voy llamando por este aparato diciéndole por dónde voy.

—Buenas noches, Alí.

—Buenas noches.

La agente Baby pidió una ligerísima cena en su *suite*, que consumió pensativamente, sin prisas. Tenía uno de sus días de escaso apetito, quizá porque estaba demasiado ocupada mentalmente. O quizá demasiado preocupada por aquel caso que tan… extraño y desconcertante se ofrecía.

¿Qué podía importarle a Kino Ombato una persona como Malcom Manchester? ¿Por qué matarlo?

¿Por qué Manchester había pretendido utilizar un pasaporte falso para salir de Estados Unidos rumbo a Marruecos, concretamente a Rabat? ¿A Rabat? ¿Quizás él también había pensado trasladarse de Rabat a Casablanca?

¿Quién era Kino Ombato, qué quería, por qué había intervenido en la muerte de un hombre que vivía a miles de millas de su patria, en África Central…?

Lo mejor, sin duda alguna, era dormir y esperar los acontecimientos.

Capítulo V

Por fin, casi a las diez de la mañana, cuando ya Brigitte había desayunado y estaba fumando impaciente su segundo cigarrillo, sonó el zumbido en la pequeña radio de bolsillo.

—Dime, Alí.

—¿Está en su *suite*, señorita?

—Sí, desde luego… ¿Qué ocurre?

—El negro gigante ha salido. Va a tomar un baño, estoy seguro, igual que ayer. A Fedala, sin duda… Ahora ha parado un taxi…

—Síguelo.

—Pero usted…

—Síguelo, fíjate bien dónde se queda en la playa, y regresa. Yo voy a tomar ahora otro taxi. Nos encontraremos en la entrada a Fedala, en la carretera… ¿Recuerdas el camino a la inversa que hicimos ayer, viniendo hacia Casablanca?

—Claro…

—Pues bien: nos veremos junto al gran grupo de grandes que tanto me entusiasmaron. ¿Está bien así, Alí?

—Sí, señorita. Hasta luego.

—No lo pierdas de vista.

—Descuide.

Brigitte cerró la radio y quedó pensativa unos segundos. Fue al dormitorio, sacó del armario el maletín rojo con florecillas azules, lo abrió y repasó su contenido. Estaba completo, naturalmente. Luego, sacó del armario un jersey de hilo, finísimo, de color malva, y una falda negra, también muy ligera Se quitó los pantaloncitos y el sujetador, y se puso un biquini rojo. Encima, la falda y el jersey…

Sonrió, y volvió a accionar la radio de bolsillo, que ahora estaba en el maletín.

—¿Alí?

—Sí, señorita. La oigo muy mal…

—Te estás alejando del alcance de la radio. ¿Conoces algún lugar en Fedala donde vendan cosas para la playa? Bolsos, parasoles de mano, sombreros de paja…

—Conozco muchos de esos lugares.

—Magnífico. Pues cómprame esas cosas. Espero que tengas buen gusto.

—Alá me castigaría si no le comprase lo que usted merece… ¿Algo más?

—Nada más. Salgo ya, para esperarte junto a los granados.

* * *

—¿Has comprado lo que te he dicho?

—Sí, señorita.

—¿Y sabes dónde está Kino Ombato?

—También.

—Eres un colaborador formidable, Alí. En marcha.

Entró en el taxi, que Alí puso en marcha inmediatamente. Atrás fueron quedando los granados verdes, con sus rojos frutos aún muy pequeños, en flor. Cuando se fuesen desarrollando irían tomando un tono verde. Luego, finalmente, madurarían, tomando otra vez el tono rojo brillante…

La carretera discurría entre olmos, o al menos eso le pareció a Brigitte que eran los altos y delgados árboles de verdes hojas. Dentro del taxi, examinaba sonriendo la sombrilla, el sombrero de paja y el bolso de algodón listado que le había comprado Alí. Con aquello, parecería la más clásica e ingenua de las turistas que acudían a tomar el sol de invierno a Marruecos.

—¿Hay mucha gente en la playa? —preguntó.

—Siempre hay gente en Fedala. Pero más en verano.

—¿Dónde está Kino Ombato?

—Ha alquilado una tienda casi tocando el mar. Hay allí un grupo de ellas, que se alquilan a buen precio. Pero a usted querrán engañarla, de modo que Alí…

—Alí se quedará en el coche mientras la señorita Montfort se deja engañar alquilando una tienda. No es el dinero lo que me preocupa jamás, Alí.

—Lo sé bien —sonrió el simpático marroquí—. Nadie regala tan

fácilmente diez mil dólares americanos a un árabe. Pero me disgusta que la engañen, señorita.

—Eso no importa… Supongo que ya estamos llegando.

—Así es.

Estaban entrando en Fedala. Se veían líneas de palmeras en la avenida. Al fondo, el mar, de un tono gris-azul, como acero, rizado en sucesivas tandas de largas olas de blanca espuma. Entre el mar y la avenida, largas filas de casetas de colores a listas anchas, que recordaban las clásicas tiendas árabes del desierto, con su cúspide en rectángulo puntiagudo, y, delante, el toldo formado con la sección de la entrada a la tienda, sostenido por palos.

Había gente a todo lo largo de la extensísima y bella playa de Fedala, con la cual, posiblemente, solo podría competir la de Ain Diab. En Casablanca hay muchas piscinas, una de ellas, alimentada con agua del mar, se dice que es la séptima del mundo en extensión También las hay más pequeñas, en gran cantidad. Pero, generalmente, el público prefiere siempre el mar. Aparte de Fedala y Ain Diab, hay numerosas caletas de gran belleza en la costa, también bastante concurridas por quienes prefieren un poco más de paz y tranquilidad…

—En ese grupo —detuvo el coche Alí—, Kino Ombato tiene una de esas casetas, señorita. Espero que lo encuentre.

—He hecho cosas mucho más difíciles. Además, el señor Ombato es persona fácil de ver. Allá donde esté, rebasará en una cabeza a todo el mundo. Hasta luego, buen Alí.

—¿Qué hago yo?

—Nada. Deja el coche cerca de aquí, donde yo pueda verte con facilidad, y espera.

—Creo que tomaré el sol entre las palmeras.

—Buena idea —sonrió la divina espía, apeándose.

Se dirigió hacia el grupo de tiendas, caminando de aquel modo tan peculiar, con aquella elegancia ondulante que la diferenciaba de cualquier mujer. Se quitó los zapatitos de alto tacón al llegar a la arena, y los sostuvo con un dedito, colgando junto al rojo maletín de belleza y muerte.

El encargado de las tiendas de alquiler era un árabe viejo y arrugado, pero de ojos que lanzaban llamaradas tremendas hacia el cuerpo de la más hermosa espía del mundo. Brigitte apenas sabía

cuatro palabras de árabe, pero el hombre hablaba casi perfectamente el francés y el español, y fue fácil entenderse. Brigitte ocupó una tienda de aquellas que parecían transportarle a uno al desierto, con los beduinos, y bajó el trozo de tela listada que servía de puerta. Se desnudó en un instante, quedando en biquini, y salió, con su maletín, cuando el viejo árabe parecía estar todavía reflexionando sobre la conveniencia de encontrar una rendija para mirar a la bella extranjera.

Y la bella extranjera, convertida en una muñequita maravillosa, se acercó más a la orilla del mar, con su pequeño parasol de colores, su sombrerito de paja, sus lentes… Una turista.

Vio a Kino Ombato apenas cinco minutos más tarde. El gigante negro salía del agua, brillante su negrísima piel, tirantes sus músculos de Hércules, bien marcados, poderosos. La anchura de sus hombros era tal que producía la impresión de tener el pecho doble de ancho que cualquier otro hombre. Sus piernas eran largas y fuertes, esbeltas, bien formadas. La cintura, por su delgadez, resultaba Increíble. El rostro, áspero y hosco, tenía la enigmática belleza del negro puro, con las facciones suavizadas del hombre de clase, dentro de su raza. Los cabellos eran cortos, muy rizados, como alambre. Sí… Aquel era el gigantesco buceador, el hombre que ella había fotografiado en el Blue Key Motel… Inconfundible.

Lo vio sentarse sobre una toalla, sin molestarse en secarse. Sus manos eran tan grandes que cuando tuvo en ellas el cigarrillo recién encendido, este parecía apenas un fósforo entre los dedos.

Brigitte esperó dos minutos.

Luego, cogió un cigarrillo de su paquete, se puso en pie y se acercó a Kino Ombato. Se detuvo ante él, hasta que el negro, finalmente, alzó la vista, y se quedó mirándola, en verdad sorprendido.

Brigitte adelantó su cigarrillo.

—Perdón —casi tartamudeó, en francés—. ¿Me da… me da usted fuego, señor?

Kino Ombato entornó los ojos, un instante. Luego; asintió con la cabeza, tomó su encendedor y lo alzó, ofreciendo la llamita sin necesidad de ponerse en pie. Visto tan de cerca, todavía parecía más grande, más enorme, más colosal. Era un ejemplar asombroso de ser humano.

—Gracias… Oh, perdón, le… le estoy hablando en francés, y quizás usted no me entiende…

—La entiendo muy bien, señorita.

Tenía una voz profunda, de una claridad radiofónica. De esas voces nítidas que pueden oírse incluso en el tono más bajo.

—Ah… Gracias… Gracias, señor…

—Pas de quoie.

—Yo… yo-yo… ¿Usted es… es marroquí?

—No.

—Yo… yo tampoco…

Kino Ombato sonrió, de pronto, mostrando unos dientes grandísimos, tan blancos, perfectos y bellos que quizás eran lo más sorprendente en él.

—Evidentemente —aceptó—. No me ha parecido usted marroquí, señorita, Dicen que hay algunos, pero yo todavía no he visto un árabe con los ojos azules.

—Claro… Quiero decir que tampoco he nacido aquí… Bueno, lo que quiero decir…

—La entiendo.

—Ya… Bueno… Gracias de nuevo… Es la primera vez que vengo a Fedala… Llegué ayer a Marruecos…

—Muy bien.

—Emmm… ¿Está fría el agua, señor?

—Regular.

—Regular… Claro… ¿Cree que tendré frío si nado un poco?

—No sé. Eso depende de cada uno.

—Ya… A mí no me gusta mucho la nieve… Prefiero el trópico. Es todo tan bello en el trópico… ¿Usted es del trópico?

Kino Crmbato frunció el ceño.

—*Mademoiselle* —musitó—, tengo la impresión de que está usted intentando… entablar conversación conmigo. ¿Por qué?

Brigitte se sonrojó todo lo intensamente que su práctica en tan hipócrita actitud le permitió.

—No… No, no…

—Quizá me equivoque, lo admito. Pero yo diría que usted no es de las mujeres que olvidan su encendedor Y pedir fuego hoy día, señorita, es un pretexto ya demasiado… gastado. ¿Qué quiere usted de mí?

—Yo… Perdone… No he querido molestarle…

—Tampoco he dicho que me esté molestando. Solo le pregunto el motivo de que se haya dirigido a mí. Hay muchos hombres blancos a nuestro alrededor. Y mujeres. ¿Por qué pedirme fuego a mí y no a uno de ellos?

—Bueno…: Usted es más fuerte que todos los demás…

—¿Perdón? —Parpadeó desconcertado Kino Ombato—. ¿Más fuerte? No comprendo…

—Es que… Bueno, yo solo quisiera que usted me dejase sentarme a su lado unos minutos, y que… que me permitiese… cogerle una mano.

Kino Ombato quedó estupefacto, no pudo contenerse.

—¿Cogerme una mano?

—Sí, señor.

—¿Para qué?

—Yo creo… creo que así los asustaré… Cuando vean que estoy con un hombre tan fuerte…, ya no me… Ya no se atreverán a molestarme.

—¿Quiénes?

—Dos… dos hombres… Dos árabes que me están mirando hace rato, de un modo… desagradable. Me miran, sonríen, y dicen cosas… Me da la impresión de que me están… vigilando. Creo que soy un poco tonta, pero… tengo miedo.

Kino Ombato frunció el caño. De pronto, se puso en pie, cogió una mano de Brigitte y le hizo señas de que se sentara. Lo hizo él a continuación, cuando todavía la espía tenía la impresión de haber tenido ante ella una montaña.

—¿Está bien así?

—Sí… Gracias, señor…

—¿Dónde están esos hombres? Indíquemelos, y les enseñaré…

—¡No, por favor! No mire usted… Solo quiero que se asusten y se vayan. Si creen que somos… amigos, o algo parecido, ellos… se irán.

—Como usted quiera. ¿Todavía están ahí?

Brigitte volvió lentamente la cabeza, con disimulo, mirando hacia dos inocentes marroquíes que, en efecto, la habían estado mirando con admiración, simplemente. Quizás habían tenido alguna esperanza de algo más, pero ahora se alejaban, decepcionados.

—Ya se van…

—Lo celebro.

—Le estoy muy agradecida, señor… Yo me llamo Brigitte. Brigitte Montfort.

—¿Francesa?

—Oh, no… Soy norteamericana.

Un fugacísimo destello de alarma pasó por los negros ojos de Kino Ombato.

—¿De Estados Unidos? —susurró—. Me pareció que era francesa… Habla muy bien el francés.

—Tampoco usted es francés y lo habla muy bien —sonrió ella—. ¿O sí es francés? ¿Argelino, quizá?

—No. Dígame, ¿de qué parte de Estados Unidos es usted?

—De Nueva York.

—Ah… —El alivio también fue fugazmente visible en la expresión de Ombato—. Es una hermosa ciudad.

—No me gusta. Allí sí hay invierno, y nieva muchas veces. Es horrible. Y tan grande, tan monstruosa… Pero no me queda más remedio que vivir allí, por cuestiones de trabajo… ¿Usted conoce Nueva York?

—Un poco. Estuve allí unos meses.

—¿Habla usted inglés?

—Bastante bien, ya que estudié en Inglaterra.

—Oh… ¡Oh! ¿De veras?

—De veras —sonrió Ombato.

—Entonces… usted es una persona… culta, señor… señor…

—Kino Ombato.

—Encantada… —Brigitte se echó a reír nerviosamente—. ¡Iba a darle la mano, pero eso ya lo hemos hecho!

—Perdón, no lo recordaba. —Ombato la soltó, sonriendo—. Parece que ya ha pasado el peligro, ¿no es cierto?

—Sí, sí… Gracias a usted, señor Ombato.

—No fue nada. Me habría gustado hacer algo más.

—¿Más?

—Romperles las narices a esos árabes… apasionados. Es fácil romperle la nariz a un árabe: las tienen grandes y muy huesudas.

Brigitte volvió a reír.

Parecía encontrarse muy a gusto.

—¿Les habría roto usted la nariz, de veras, señor Ombato?

—¿Por qué no? Era lo menos que merecían.

Brigitte miró sin disimular su admiración los pectorales de Kino Ombato, los hombros, los brazos…

—Estoy segura de que les habría roto algo más que la nariz de un solo golpe… ¿Es usted luchador? Boxeador o algo así, quiero decir.

—No, no —rio él—. Soy… Digamos, una especie de diplomático.

—Claro… Para eso debió de ir a estudiar a Inglaterra. Yo… yo soy periodista.

—Interesante profesión. ¿Ha venido a Marruecos a hacer algún reportaje, quizá?

—Pues sí… Mi jefe no sabía qué hacer conmigo, y me… me dijo que ya que tanto me gusta el sol, podía venir a Marruecos, a ver si por una vez escribía algo interesante.

—Su jefe parece un poco… grosero, ¿no?

—¡Es un cretino! Bueno, quiero decir…

—La entiendo —volvió a reír Ombato.

—Yo… yo le dije que no hablo árabe, y él me dijo…, me dijo…

—¿Qué le dijo?

—Que lo aprendiera.

—Desde luego, su jefe es todo un…

—Un antipático.

—Eso es. Un antipático.

—Sí… Bueno, creo que voy a atreverme a nadar un poco. Usted ya lo ha hecho, lo vi salir del agua…

—Me gusta nadar.

—Bueno… Si quiere… Quiero decir que si tanto le gusta… Por mí no hay inconveniente en… Bien…

—Nadaré con usted —rio Ombato, una vez más.

—¡Estupendo! —exclamó ella.

Ombato la miró, como sorprendido. Como tantos y tantos hombres, estaba realmente atrapado ya en las redes de la más bella y astuta espía del mundo. Era imposible estar con Baby y no sentirse hechizado, maravillado, encantado de la vida. Baby sabía muy bien cómo conseguir esto.

El gigantesco negro se puso en pie. Brigitte le tendió la mano, y él la ayudó a ponerse en pie, cada vez más encantado de la vida…

* * *

Hacia las doce, los dos estaban junto al parasol de la espía, conversando animadamente. Brigitte abrió el maletín, sacó su relojito, y exclamó:

—¡Oh, ya es tarde…! Debo irme.

—¿Tan pronto? —se decepcionó Ombato.

—Sí… Bueno, no es que tenga nada que hacer urgente, claro… Oh, espero que aquellos dos hombres no estén todavía por aquí…

—¿La acompaño? —Brillaron los negrísimos ojos de Ombato—. No será ninguna molestia para mí. Al contrario.

—Se lo agradezco, pero ya le he molestado demasiado…

—¡Nada de eso! —protestó Ombato.

—Es que tengo que ir a Casablanca… Tendré que tomar un taxi, luego tendría usted que volver…

—¿Está usted alojada en Casablanca?

—Sí, sí… En el hotel… No consigo recordar ese nombre… Creo que es El Badia… No. Es uno moderno, a la europea, muy alto, en la Avenida de Mohamed…

—¿El Daiba Hotel? —exclamó Ombato.

—¡Exactamente! Creo que tendré que apuntármelo para… ¿Qué le ocurre? ¿Por qué me mira tan sorprendido?

—Yo también estoy alojado en ese hotel.

El gesto de asombro de Brigitte fue digno de figurar en la mejor antología de las representaciones teatrales.

—¿Usted también…? Pero… ¡No es posible!

—¡Lo es! —rio Ombato.

—Pero… ¡Es maravilloso! Bueno… Quiero decir que su compañía me resulta… Claro que… Supongo que usted tendrá sus compromisos en Casablanca…

—Ninguno. Es… fantástico. Y, además, increíble. ¿Cómo no la he visto antes en el hotel?

—Es que llegué anoche, me retiré a descansar… No he salido de mi *suite* hasta esta mañana, para venir directamente a Fedala.

—¿Quiere que regresemos juntos?

—¡Oh, sí!

* * *

Kino Ombato la miró todavía con más admiración cuando la vio vestida de calle, con su jersey escotadísimo de color malva y la ligera faldita.

Caminaron juntos hacia la avenida del mar, donde se veían varios taxis esperando pasajeros con destino en Casablanca, que ciertamente abundaban. Brigitte tenía que alzar la cabeza para hablar con el enorme negro. Apenas le llegaba al hombro, y en todo momento tenía la impresión de caminar junto a un carro de combate ligero. Kino Ombato daba la impresión de que aplastaría, machacaría, incluso sin darse cuenta, cualquier obstáculo que se pusiera en su camino.

No hubo obstáculos.

Tomaron un taxi, sin que Brigitte hubiese mirado más de una vez a Alí, que, resignado, se dispuso a emprender solo el regreso a Casablanca, a prudente distancia del taxi que llevaba a la pareja tan dispareja que formaban la espía y Kino Ombato.

Sin embargo, por el camino, tuvo algo en qué ocuparse, no sin reír como un tonto debido a los pensamientos que cruzaban por su mente. Jamás… Jamás, jamás, había conocido él a nadie como la señorita Montfort.

Y, seguramente, jamás sabría de ninguna otra cazadora tan dulce y diminuta en comparación con la pieza, que se llevase esta al matadero con tanta facilidad.

—Alá fue generoso muy contigo en su reparto de dones, señorita Montfort.

Capítulo VI

En el hotel, había una pequeña noticia para Kino Ombato, que el conserje le transmitió al entregarle la llave: un caballero había preguntado por él, y le estaba esperando en el bar hacía poco menos de una hora. No había dicho su nombre. Solamente, que le avisaran cuando llegase.

—Parece que coincidimos en todo —sonrió Brigitte—. Yo pensaba ir a tomar un *martini*. Pero no quiero entremeterme en sus asuntos; señor Ombato. Ya nos veremos en otro momento…, espero.

—Sin duda. Perdóneme, pero…

—Estoy acostumbrada a tomar sola el *martini*, no se preocupe.

—Bien… Hasta luego.

—Oh, pero eso sí —sonrió ella—: iremos juntos hasta el bar.

—Encantado.

Cuando llegaron al bar, Brigitte se despidió con un gesto de muñequita, y se dirigió a una mesita. Cuando se sentó, vio a Kino Ombato llegando a otra mesita, en la cual había un hombre blanco, que señalaba una silla junto a él. Un hombre alto y seco, de cabeza cuadrada, ojos clarísimos y cabellos tan rubios que casi eran albinos. Mientras ellos se dedicaban a su conversación, ambos con gesto un tanto preocupado, la espía internacional se dedicaba a lo suyo… Esto es: abrir su maletín, sacar lo que parecía un pequeño transistor, y colocarlo de modo que uno de sus lados quedase perfectamente orientado hacia los dos hombres. Dio la impresión de que la pequeña radio portátil la molestaba para encontrar otras cosas en el maletín… Y así debía de ser, porque, finalmente, encontró su encendedor de platino con brillantes, y los cigarrillos. Encendió uno… Y, por supuesto, ni siquiera el camarero, que esperaba a su lado, pudo oír el suavísimo «clic» del diminuto mecanismo oculto en el encendedor al tomar la primera fotografía.

—*Martini*. Con hielo, por favor.

El camarero se inclinó y se alejó. Cuando volvió con el *martini*, la agente Baby había tomado ya media docena de fotografías, y el pequeño transistor de sensibilidad ultraespecial llevaba ya grabada buena parte de la conversación que tanto preocupaban a Kino Ombato y al hombre rubio.

Finalmente, casi diez minutos más tarde, Brigitte comprendió que los dos hombres iban a despedirse. Se apresuró a ponerse en pie, tras recoger a toda prisa sus artefactos, y salió del bar antes de que ellos hubiesen terminado su despedida. Subió a toda prisa a su *suite*, entró, cerró la puerta y sacó precipitadamente del maletín la radio de bolsillo que parecía un paquete de cigarrillos.

—¿Alí?

—A sus órdenes, señorita Montfort.

—¿Dónde estás?

—Merodeando el hotel igual que un chacal merodea un campamento.

—Pues vas a dejar de merodear —rio Baby—. Atiende bien: dentro de poco va a salir del hotel un hombre alto, flaco, muy rubio, de ojos claros, de cabeza cuadrada, que lleva un traje blanco. Tienes que…

—¿Seguirlo?

—Exactamente.

—Puedo hacer algo mejor, señorita. Ese hombre buscará un taxi, seguramente… Podría llevarlo yo a su destino, y de paso ganaría algún dinero.

—¡Eres un estupendo granuja! —rio la divina—. Pero no me interesa eso. Quiero…

—¡Ahí está! ¡Sale ahora, señorita!

—Síguelo. Pero de lejos, Alí. Nada de querer ganar dinero extra cuando se trabaja conmigo. ¿*Okay*?

—«Okui».

—«Okui», no: *Okay*. No me llames aunque sepas algo. Yo te llamaré más tarde. ¿*Okay*?

—«Okui».

Riendo, Brigitte cerró la radio, y se dispuso a cambiarse de ropas para bajar al comedor. Pareció disgustarse de pronto consigo misma, y sacó del maletín a toda prisa el pequeño aparato de radio a pilas. Lo abrió, contempló los diminutos carretes de grabación, y

apretó un botoncito. Toda la cinta se recogió. Entonces, lo puso en marcha para audición, para reproducción de lo grabado.

Y entonces, sí, mientras escuchaba aquella conversación, se dedicó a cambiar su indumentaria, muy atenta a las palabras que ambos hombres cambiaban en inglés:

«—… No ha debido venir aquí, doctor.

»—Lo siento, señor Ombato, pero la cosa se está poniendo difícil. Además, he tenido la precaución de no dar mi nombre. A nadie le interesa que el doctor Helmut Frankel esté aquí o en Berlín. Todo esto, por supuesto, es algo pueril, señor Ombato.

»—¿Por qué lo cree así?

»—Mi pasaporte, mi viaje… Es lógico que se note mi ausencia de Berlín.

»—Usted no aceptó utilizar un pasaporte falso, doctor.

»—¡Por supuesto que no! Pero el asunto comienza a inquietarme. El paciente es… un tanto nervioso. Más que paciente, habría que llamarlo impaciente. Ya se quiere marchar.

»—¿Lo ha dicho él?

»—Desde luego. Y le aseguro que no está en condiciones todavía. Dos días es poco tiempo, y le advierto que si el paciente hace algo diferente a mis disposiciones, yo declinaré toda responsabilidad.

»—Desde luego. Tranquilícese, doctor. Yo iré a verle hoy, y le convenceré. No pasará nada.

»—Así lo espero. Ha sido una intervención delicada, y requiere…».

La conversación seguía por estos derroteros, insistiendo sobre lo mismo: la impaciencia del paciente, la declinación de responsabilidades por parte del doctor Helmut Frankel, la seguridad de Ombato de que él calmaría la impaciencia del paciente…

Cuando la grabación terminó, Brigitte dio la vuelta a los dos pequeños carretes, de modo que quedaba todo dispuesto para grabar una nueva conversación sin borrar la anterior, en caso necesario.

Luego, igual que hiciera días antes en Big Pine Key, Florida,

USA, se dedicó a redactar lentamente un telegrama, directamente en alemán. Cuando terminó, el mensaje era este:

> PRECISO CON TODA URGENCIA CONOCER ACTIVIDADES Y POSIBLES ANTECEDENTES EN NUESTRA PROFESIÓN DE UN DOCTOR LLAMADO HELMUT FRANKEL QUE PARECE RESIDIR EN BERLÍN Y ACTUALMENTE ESTÁ EN CASABLANCA *STOP*. MUCHOS BESOS CON AMOR.
>
> BRIGITTE.

El telegrama iba dirigido a un tal barón Wilhem von Steinheil. Un hombre amado por Brigitte, que había vivido con ella algunas aventuras. Es decir: el espía alemán «Alexandría».

Y Baby sabía que tendría la respuesta muy pronto. «Alexandría», igual que ella, y que «Número Uno», o «Míster Fantasma», o Nathaniel, eran de los que jamás fallaban. El día que fallasen sería porque habrían caído.

* * *

—¿Alí?

—Alá te guarde, señorita Montfort. Ya estoy otra vez merodeando el hotel.

—Ya sé que he tardado mucho en llamarte. Tuve que salir a poner un telegrama urgentísimo, porque no quería que me lo enviaran desde el hotel. Luego, he almorzado con Kino Ombato…

—¿Se han hecho amigos?

—De momento, sí. Esta tarde, a las cinco, volveremos a vernos, para dar un paseo por Casablanca. Quiere llevarme a ver la Ciudad Vieja, y dice que me encantará el Parque de Lyautey…

—¡Bien cierto! Está en el centro de Casablanca, y es… como un oasis en pleno desierto. Hay miles de flores, y…

—Alí, ¿adónde fue el hombre rubio?

—A la colina.

—¿Adónde?

—A la colina de Anfa, señorita. Está por encima de la playa de Ain Diab.

—Bueno, pero… ¿qué fue a hacer a una colina?

Se oyó la risa de Alí.

—La Colina de Anfa, señorita, es la zona residencial donde están las más hermosas villas, rodeadas de flores y árboles, con cientos, miles de pájaros que cantan todo el día. Para millonarios.

—Entiendo. ¿Entró el doctor Frankel en una de esas villas?

—¿Quién?

—El hombre rubio se llama Helmut Frankel. ¿Entró en una villa de las de Anfa?

—Sí. La número sesenta de la Avenida de Iben Saifa. Es muy bonita, grande, con un espacioso jardín con almendros y chumberas, y unos preciosos olivos.

—¿No hay granados?

—También.

—Menos mal… ¿Viste a alguien más allí?

—No, señorita. Esperé por si veía a alguna persona que le abriese la puerta, pero él mismo abrió, con su llave. Entró, eso fue todo. No pude ver a nadie. ¿Quiere que vaya a…?

—¡No! No, no… Sigue donde estás.

—¿Los sigo cuando ustedes salgan?

Mmm… No. Tómate unas horas de descanso.

—Quizás usted me necesite…

—No lo creo. Nuestro querido Kino Ombato va a sacarme a pasear, sí, pero estoy segura de que me devolverá al hotel antes de la cena, sin novedad. Y, por supuesto, esta noche no querrá salir conmigo. Tiene que visitar al paciente.

—¿A quién?

—Al paciente. Descansa unas horas, Alí. Te volveré a llamar cuando Kino Ombato se despida de mí esta noche lamentando mucho no poder acompañarme a ver la Casablanca nocturna porque tendrá negocios que atender…

* * *

—Lo lamento mucho, Brigitte —susurró Ombato—. Me gustaría acompañarla esta noche por Casablanca, pero tengo algunos asuntos inesperados que atender.

—Lo comprendo —sonrió la espía—. Ha sido una tarde deliciosa, Kino. ¡Todo tan hermoso, tan bonito…! ¡Los jardines, las

fuentes, la Ciudad Vieja…! ¡Todo!

—Bueno… Lo hemos visto todo con demasiadas prisas. Pienso que quizá podamos volver a pasear por allí con más calma.

—Pero no esta noche, Me disgustaría que por mi culpa desatendiera sus asuntos, Kino.

—Tendrá que disculparme…

—Por favor… Lo que temo es haberle entretenido demasiado. Si mañana dispone de tiempo, me encantará volver a salir con usted, Kino. Le deseo suerte.

—Gracias. Y… hasta mañana.

Poco después, Brigitte Montfort, en su *suite*, recurría una vez más a su radio de bolsillo.

—¿Alí?

—Aquí, señorita.

—Pasa a recogerme dentro de… cinco minutos. Tendrás que llevarme a toda prisa a la colina de Anfa, al sesenta de la Avenida de Iben Saifa. ¿De acuerdo?

—«Okui».

Capítulo VII

—Aquella es la villa, señorita —señaló Alí.

—Muy bonita, ciertamente… Has hecho bien en parar aquí, Alí. Y aquí permanecerás mientras yo me acerco.

—¿No puedo ayudarla en nada?

—No lo sé. Espero no verme en ningún apuro, ya que solo voy a echar un vistazo, de momento.

Alí oyó tras él ese inconfundible rumor de tela, y se volvió en el asiento. Respingó sobresaltado, y volvió a mirar al frente, mientras Brigitte, sonriendo, acababa de quitarse el vestido que había llevado para la cena. Quedó en pantalones y sujetadores, para proceder inmediatamente a colocarse la negra malla que cubría todo su cuerpo, desde el cuello a los pies. Una malla finísima, que se adaptaba a su figura como la propia piel. Se calzó unos mocasines, también negros. Finalmente, del envoltorio sacó un gran manto blanco, con capucha, que se colocó sobre la negra malla.

Se disponía a salir del coche cuando se detuvo en seco, mirando su maletín, que llevaba en una mano. Vaciló unos segundos, pero acabó por decidir que el maletín no necesitaba el camuflaje de la funda negra que también tenía para aquellas ocasiones. Siendo rojo y azul, era poco visible en la oscuridad.

—Hasta luego, Alí. Pórtate con discreción y estate atento en todo momento a la radio.

—Descuide, señorita.

La espía se apeó del coche, por fin, envuelta en su blanco manto de mujer marroquí a la antigua, de las que, por mucho que se dijera, todavía quedaban bastantes en todo Marruecos. Incluso con velo ocultando el rostro.

Con paso menudo y como cansado, fue acercándose a la villa del número sesenta de Iben Saifa, mirando atentamente hacia la casa, en una de cuyas ventanas se veía luz, en la planta baja. También en

el piso superior se veía una ventana iluminada.

Había una verja que rodeaba el gran jardín, protegiendo la propiedad, pero, por supuesto, incapaz de impedir que el aroma de las flores se extendiera por toda la avenida, sumándose a los de las otras villas cercanas.

En determinado punto de la verja, Brigitte se quitó el blanco manto, que dobló rápidamente, hasta conseguir un pequeño bulto, que escondió entre unas plantas que sobresalían de la verja. Luego, convencida de que nadie la había visto, escaló los barrotes con su fácil agilidad, sin el menor esfuerzo.

Cayó el otro lado silenciosamente, sobre las puntas de los pies, flexionando las piernas del modo justo, adecuado. Igual que una pantera negra, lenta y veloz al mismo tiempo, indolente y alerta, se deslizó hacia la casa, sin el menor ruido, sin mover ni un solo macizo de flores. El olor era tan intenso que casi se sentía mareada. Llegaba, también, un intenso olor a mar, a yodo, en la fresca brisa de la noche. Esforzándose un poco, al pie de la colina de Anfa, se veía la playa de Ain Diab, de color negro y plata.

Se refugió entre unas matas, delante mismo de la ventana iluminada de la planta baja. Abrió el maletín y sacó los tres tubos de aluminio que componían el fusil de aire comprimido que lo mismo lanzaba ampollas explosivas que micrófonos o cápsulas de gas…

Enroscó rápidamente los tres tubos, colocó el culatín, y sacó uno de los micrófonos-dardo, que deslizó por la boca del tubo. Luego, colocó una rodilla en tierra, y afirmó con seguridad el otro pie en el suelo. Apuntó cuidadosamente al marco de la ventana, durante cinco segundos, firme el pulso, inmóvil, como petrificada.

Cuando apretó el gatillo, apenas se oyó un chasquido de aire. Dejó el fusil desmontable a un lado, sacó los prismáticos para visión nocturna, y miró hacia la ventana.

Okay.

Allá estaba el dardo, clavado justamente donde ella había apuntado, sin tan siquiera una décima de pulgada de desviación. Sacó el receptor grabador, pequeñísimo, y lo puso en marcha… Por encima de ella, entre las hojas de los árboles, se oía un leve rumor intermitente, que la alarmó un instante. Pero, tras mirar hacia arriba con los sorprendentes prismáticos, sonrió, aliviada. Pajarillos

perturbados en su sueño, simplemente.

Bien…

Ahora se trataba de recurrir al auricular auxiliar para, al mismo tiempo que la conversación se grababa, ella pudiese ir oyéndola. Sacó el hilo de la conexión, con la pequeñísima clavija en la punta, y lo introdujo en el orificio del aparato. Luego, sacó el auricular, pequeño como una pastilla de chicle…

Estaba a punto de efectuar la conexión definitiva para luego servirse del auricular cuando oyó un rumor a su izquierda. Un rumor apagado, levísimo, pero que llegó con toda claridad a sus oídos finísimos. Volvió la cabeza solamente… a tiempo de ver saltar a un hombre las verjas, más allá, por el lado contrario al que ella había utlizado. Un hombre también vestido de negro, a la europea.

El ruido de sus pies al llegar a tierra llegó también a oídos de la espía, que inmediatamente desistió de escuchar la conversación… Bastaría, por el momento, con que quedase grabada.

Se encogió más, quedando absolutamente sumergida en la oscuridad, fija la mirada en aquella sombra que parecía querer derretirse, confundirse con las otras sombras.

Pero… el hombre no estaba solo. Había otro más. Por lo menos otro más. Vio las dos sombras moverse, desplazarse por entre las plantas del jardín, inclinados…

Dos. Solamente dos.

Los estuvo viendo juntos durante unos segundos. Luego, mientras uno de los hombres se quedaba bajo un granado, acuclillado, el otro seguía caminando, siempre encogido, hasta ocupar una posición más adelantada, más cerca de la puerta principal de la casa. Entonces, se quedó allí, inmóvil, tan silencioso e invisible como su compañero, como la propia espía internacional.

¿Qué sucedía ahora?

Estuvo pensativa unos segundos. Luego, tranquilamente, terminó la conexión del auricular, y se lo llevó al oído.

Inmediatamente, oyó una voz… Una voz de mujer, sin duda. Pero estaba hablando en un idioma completamente desconocido para ella. No tenía la menor idea de cuál podía ser. Luego, contestó una voz de hombre… En el mismo idioma. Parecía la voz de Kino Ombato, pero no se habría atrevido a asegurarlo. La misma persona, hablando en diferentes idiomas, parece que cambie la voz, su

sonido natural. Sí… Debía de ser Kino Ombato, desde luego. Estaba hablando con una mujer de su raza, de su país.

«—Está bien —dijo de pronto la voz de Helmut Frankel, en su inglés seco y duro—. Lo que importaba era calmar al paciente, y usted lo ha conseguido, Ombato.

»—Lo he convencido para que aguarde una semana, doctor —dijo Ombato, en un inglés mucho más fluido y preciso—. Luego, usted podrá regresar a Berlín, tras colocar los últimos vendajes.

»—De acuerdo. Ese fue el trato. Me siento más aliviado, Ombato. Los médicos precisamos obediencia en los pacientes, de lo contrario todo saldría mal.

»—El asunto está solucionado —apaciguó Kino Ombato—. Por tanto, yo me retiro. Y, por favor, doctor, no vuelva a aparecer por el hotel.

»—Me pareció necesario…

»—Lo era, ciertamente. Pero si vuelve a ocurrir algo, es mejor que deje un recado telefónico.

»—¿De parte del doctor Helmut Frankel?

»—No es necesario que sea irónico. Bastará con que deje recado de que han llamado a Kino Ombato por teléfono. Yo entenderé.

»—Está bien. Buenas noches, Ombato. Subiré a ver si el paciente necesita algo ahora.

»—Bien. Buenas noches, doctor.

»—Adiós».

Casi inmediatamente, volvió a oírse la voz de la mujer, en aquel idioma completamente desconocido para Baby. La voz de Ombato nuevamente. La voz de la mujer, la de Ombato…

Estuvieron hablando un par de minutos. Ella, en determinado momento, rio quedamente, como burlándose amablemente. La voz de Ombato sufrió entonces una leve alteración… Ella volvió a reír, y su tono fue más amable que antes. De nuevo la voz de Ombato, más calmada entonces… Ruido de una puerta, lejano. Pisadas recias. Las voces de Ombato y de la mujer…

La puerta de la casa se abrió entonces, de pronto, y la gigantesca

figura de Kino Ombato, inconfundible, quedó parcialmente visible en el oscuro vestíbulo, cerca del umbral. Junto a él, la figura de una mujer cuyas proporciones eran también asombrosas, pues casi alcanzaba los seis pies de estatura, rozando la nariz de Kino Ombato. Solo dos sombras negras, formidables, increíbles.

Kino Ombato salió de la casa, por fin, directo hacia la salida, hacia la gran doble puerta enverjada. Caminaba lentamente, tranquilo, seguro de sí mismo. Brigitte lo vio perfectamente llegar a la puerta doble, y pasar bajo el arco de hierro con un farol a un lado.

—Félix…

La voz, apenas susurrada, la sobresaltó. Por unos segundos, se había olvidado de los dos hombres que estaban en el jardín, cerca de ella, emboscados también.

—Félix —susurró de nuevo la voz—, ¿entramos ya…?

—No… Espera.

El desconcierto estaba haciendo mella en Brigitte. Aquellos hombres hablaban en español, con acento arrastrado, como… ¿cubanos? Posiblemente.

Querían entrar en la casa, eso estaba claro. Y no menos claro estaba que no debían de pretender nada bueno.

Brigitte sacó los finísimos guantes de malla negra, de media, y se los puso. Cogió luego la pistolita de cachas de madreperla, y se la colgó de la cintura pasando por el guardamonte una pequeña trabilla que desabrochó de su cintura, en la gran malla que cubría su cuerpo. Luego, cogió el cepillo para el cabello, lo empuñó fuertemente, y se deslizó hacia donde estaba el tal Félix, que era el más cercano a ella.

Había recorrido apenas cinco yardas cuando lo vio, claramente recortado de pronto. Continuaba acuclillado bajo un granado, y algo brilló en una mano. Algo largo, metálico, frío… Un cuchillo. Bien cierto era que no pretendían nada bueno.

Continuó deslizándose hacia el hombre, casi reptando, cuidando al máximo cada movimiento. Y estaba a menos de cuatro yardas de Félix cuando, inesperadamente, la puerta de la casa se abrió de nuevo. Con un contenido respingo de sobresalto, la espía se encogió cuanto pudo, pero siempre mirando hacia allí.

Vio a la altísima mujer, apareciendo en el jardín. Era negra, sin

duda de la misma raza que Kino Ombato. Sus proporciones eran bellísimas, pese a su estatura excesiva. Cintura delgadísima; caderas bien curvadas, amplias; piernas esbeltas; seno alto, airoso, pujante. Llevaba un vestido oscuro, escotado. Caminó por el sendero, hacia la salida, majestuosa y felina.

Nadie se movió en el jardín, excepto ella. Llegó sin novedad a las verjas, abrió y salió.

Segundos después, el jardín volvía a estar completamente silencioso, como si allí no hubiera nadie.

Félix se puso en pie, brillante el cuchillo en su mano.

—Lorenzo, vamos ahora.

Brigitte se desplazó silenciosamente hacia la espalda de Félix. Quizá no tan silenciosamente como habría sido necesario, porque el hombre hizo intención de volverse, y…

Demasiado tarde.

Un brazo fino, pero fuerte como el acero, rodeó su garganta, viniendo de atrás, con un seco golpe que ahogó completamente la voz de Félix. Simultáneamente, de la punta del cepillo brotaba un fino estilete, que se hundió en los riñones de Félix, en un golpe seco, contenido.

Un gemido brotó de la boca de Félix, que se crispó, angustiado por el frío que la muerte estaba llevando a su cuerpo. Pero apenas había brotado aquel gemido, el estilete volvió a hundirse, un poco más abajo, con más fuerza. El cuchillo de Félix cayó al suelo, y la mano quedó colgando blandamente, inerte. El hombre fue arrastrado hacia atrás, y depositado cuidadosamente sobre la tierra.

Luego; una mano cubierta por fina malla negra recogió su cuchillo.

—Félix… ¿qué pasa? ¿Por qué no vienes?

Lorenzo se había vuelto, inquieto, cerca de la puerta. Ya había abandonado la protección de las matas, y se le veía ahora muy bien, como una sombra oscura en la fachada de la casa.

Vio moverse las matas en el jardín, y movió la mano en gesto perentorio.

—Vamos, vamos… Hay que aprovechar. ¡De prisa! Dio la vuelta y continuó hacia la casa.

Detrás de él, Brigitte Montfort, alias Baby, lanzó el cuchillo de Félix, con toda la fuerza de su bracito, que había sorprendido ya a

más de un hombre. Se vio el destello brillante en la oscuridad, se oyó el choque de acero contra carne…

—¡Aaauggg…!

Lorenzo se crispó, hacia atrás, soltando su cuchillo y llevando las manos a la espalda. Cayó de rodillas, y todavía tuvo fuerzas para volverse, lentamente, jadeando. Sus desorbitados ojos todavía pudieron ver la fina silueta negra ante él, inmóvil, un poco separadas las piernas. En la mano derecha había un delgado destello. Las manos de Lorenzo se alzaron hacia aquella silueta desconocida.

—AAAAaaa… AAaaAAAAaaa…

Cayó de bruces, de pronto, y quedó inmóvil. Apenas se oyó un chasquido, y el estilete desapareció dentro del cepillo para el cabello. Brigitte corrió hacia donde había dejado su maletín, y sacó la radio de bolsillo.

—¡Alí!

—¡Qué…! ¡Señorita Mont…!

—Cállate, no me ha ocurrido nada. ¿Has visto pasar una mujer muy alta?

—¿Una negra?

—¡Esa es! ¡Tienes que…!

—¡Voy tras ella ahora mismo! ¿O no?

—*Okay*. Yo te llamaré.

—Bien. ¿Necesita…?

—Necesito que sigas a esa mujer. Solo eso.

Cerró la radio, la dejó en el maletín, guardó también el cepillo, desenroscó los tubos y los guardó asimismo, y se incorporó. Llegó junto a Félix, y se quedó mirándolo. Más allá, se veía claramente a Lorenzo, tendido de bruces, con el cuchillo clavado en la espalda.

Durante unos segundos, la espía internacional estuvo allí, vacilante, pensativa. Por fin, se alejó de Félix, cruzando los espesos arbustos de flores. Salió al sendero lateral, y vio el garaje al fondo. Era una suerte que en Anfa las villas fuesen para millonarios, con su garaje privado inevitable.

Fue al garaje, lo abrió, y echó un vistazo dentro. No había ningún coche. Dejó la puerta abierta y regresó, ahora junto a Lorenzo. Lo cogió de un brazo, se lo pasó por los hombres y se lo cargó, sin gran esfuerzo, llevándoselo hacia el garaje. Lo tiró al

suelo, de cualquier manera, y volvió junto a Félix, al cual se cargó del mismo modo. También Félix fue a parar al garaje. Y, finalmente, bajo unos cuantos neumáticos viejos y cajas de madera, los dos cadáveres quedaron escondidos provisionalmente.

Poco después, Baby estaba de nuevo junto a su maletín. De nuevo pudo colocarse el auricular en una orejita, y estuvo un par de minutos escuchando. No se oía absolutamente nada. Al parecer, el paciente y el médico estaban durmiendo ya…

Fue a la ventana, recogió el dardo-micrófono, se aseguró luego de que su maletín estaba en orden, guardó en él la pistolita, que no había necesitado, y corrió hacia las verjas.

Las saltó, hacia la calle, y recogió su manto blanco, que se puso cuando estuvo al otro lado de la avenida.

Varias calles más abajo, paró un taxi.

El conductor se quedó mirándola, en verdad sorprendido, casi atónito.

—Una simpática fiesta entre amigos —sonrió Brigitte—. ¿Puede llevarme al El Daiba Hotel?

—*Oui, madame.*

—A la parte de atrás, por favor. La fiesta todavía continúa.

—Espero que se divierta, *madame*.

—Hago lo posible por conseguirlo. De prisa, por favor.

Capítulo VIII

Kino Ombato alzó vivamente la cabeza cuando oyó la llamada a la puerta de su *suite*. Estaba en pijama, leyendo uno de los diarios editados en francés en Casablanca. Su ceño se frunció un instante. Dejó el cigarrillo en el cenicero y fue hacia la puerta.

—¿Quién?

—Brigitte, Kino.

No poco sorprendido, el coloso negro abrió la puerta.

—Brigitte… ¿Qué acurre?

—¿Puedo pasar?

El negro parpadeó, confuso. La bellísima norteamericana llevaba un sensacional vestido de noche, negro, con un escote que escapaba a toda explicación. Su piel dorada brillaba talmente como si fuese de auténtico oro puro. Y un finísimo perfume llegó, como un impacto dulce, al olfato de Kino Ombato.

—Sí… Pase, por favor. Espero que no… hayan vuelto a molestarla. Cerró la puerta y se volvió hacia ella, que lo miraba, sonriendo con aquella dulzura de espía mortal.

—Nadie ha vuelto a molestarme. Es solo que estaba en mi *suite*, aburrida, y… se me ocurrió preguntar si usted había regresado al hotel. Me dijeron que sí. Entonces, me vestí, y… aquí estoy.

—Bien… Bueno, yo volví antes de lo que pensaba… ¿Puedo hacer algo por usted?

—A estas horas ¡hay pocas cosas que se pueda hacer por una mujer, Kino!

Ombato volvió a parpadear. Seguramente estaba soñando. Claro, eso debía de ser: estaba soñando. Se había puesto a leer, se había dormido…, y ahora estaba soñando.

—Mucho temo que mi imaginación sea más bien pobre, Brigitte.

—No hace falta imaginación, querido.

Ombato notó como un lanzazo en pleno estómago, y algo

pareció estallar, al mismo tiempo, en su colosal pecho. Esta sensación se centuplicó cuando Brigitte Montfort se acercó a él, y alzó los brazos lo necesario para colgarse de su cuello.

* * *

Estaban los dos sentados en el sofá, con los pies descalzos sobre la alfombra morisca, de colores, tejida a mano. Brigitte tenía entre sus manitas una de las manazas de Ombato, y le sonreía dulcemente.

—¿Resolviste tus asuntos? —preguntó.

—Sí… Espero que no vuelvan a necesitarme.

—Me alegro. Oh, Kino, aquel hombre…, el que habló contigo en el bar esta mañana…, creo que lo conozco.

Ombato tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar su alarma. Es decir, para intentar ocultarla, ya que Baby la captó perfectamente.

—¿Lo conoces?

—Sí, sí… Estoy segura… Pero no sé de qué. Su rostro lo he visto antes, estoy segura… ¿Es francés?

—No.

—No es francés… —musitó ella, pensativa—. Sin embargo, creo recordarlo de la última vez que estuve en Europa… Quizá vi su rostro en algún periódico, o en… ¡En Berlín! ¡En un diario alemán, estoy segura! Su nombre… su nombre… ¡No me lo digas, estoy segura de que lo recordaré!

—¿Quieres beber algo? —propuso Ombato, inquieto.

—No, no…

—Tenemos bar aquí, no hará falta que…

—Ya sé, yo también tengo bar. Mmm… Su nombre… Wilhelm… No. No, no… Hermann… ¡Helmut…! ¡Helmut Frankel! ¡Oh, sí, él es el doctor Helmut Frankel, de Berlín! ¿He acertado?

—Ya es tarde…

—¿Tarde? Pero ¡si no hace ni media hora que estoy aquí! Y ya te he dicho que quiero estar… toda la noche. ¿Tú no quieres? Dime si mi memoria es mala: ¿no me dijiste que eras diplomático, o algo así?

—Sí.

—Entonces —una deliciosa sorpresa apareció en el rostro de la divina espía—, ¿qué tienes tú que ver con un médico alemán?

—Nada.

—¿Nada? ¡Kino, no me digas que estás enfermo de algo… peligroso, o…!

—No, no… El doctor Frankel no está aquí por mí, sino por… por un amigo.

—¿Qué amigo?

—Uno que tú no conoces.

—Oh; claro, yo no conozco a ningún amigo tuyo… Y me gustaría conocerlos a todos. ¿Quién es ese amigo? ¿Le ocurre algo malo?

—Pues… no.

—¿Pues para qué necesita un médico tan importante?

—Para nada.

Brigitte miró con expresión dolida, de reproche, a Ombato.

—No confías en mí —musitó—. Quizás estás haciendo algo malo, y no confías en mí. En cambio, yo, contigo, he sido…

—Brigitte, no es eso. Sí confío en ti. Además…, no tiene la menor importancia. Una pequeña intervención quirúrgica, eso es todo.

—¿Qué le ocurre a tu amigo? ¿Acaso no se atrevió a ir a Berlín porque es negro?

—No es negro. Es blanco, Brigitte.

—Entonces… ¡Ya sé, él se está ocultando de algo! ¡Es un fugitivo de la Ley! —Se echó a reír—. ¡Dime su nombre, Kino, dímelo! ¡Estoy segura de que lo persigue la… la Interpol, por lo menos!

—Te equivocas —sonrió Ombato—. Es un hombre honrado. Su nombre es…

Una llamada a la puerta los sobresaltó a los dos, que se miraron velozmente, alarmados. Brigitte se puso en pie de un salto, soltando la mano de Ombato.

—¿Quién puede ser a estas horas? —musitó.

—No sé. No estoy esperando a nadie, te lo aseguro.

—Quizás ese amigo tuyo te necesite de nuevo, ese… ¿Cómo se llama?

—Luego te lo diré. Iré a ver quién es, y lo despacharé enseguida. Será mejor que te ocultes en el dormitorio.

—Sí… Despide pronto a quien sea, querido.

Brigitte corrió hacia el dormitorio, y Ombato, tras asegurarse de

que ella desaparecía en su interior, fue a la puerta, colocándose el pijama en orden.

—¿Quién es?

—Zunia —susurró una voz—. Abre, Kino, pronto.

De nuevo quedó sorprendido el gigantesco negro. Abrió la puerta, dejando pasar a la mujer negra que le había despedido en la villa de la Avenida de Mohamed, en Anfa. La escultural mujer de color que había pasado por el jardín a pocas yardas de Brigitte.

—Cierra, pronto. He subido por la parte de atrás, nadie me ha visto… Y no quiero que me vean.

El atónito Ombato ya había cerrado la puerta. Su perplejidad era tan grande como él mismo.

—¿Ha ocurrido algo en la villa? —Se alarmó de pronto.

—Nada. Todo va bien, que yo sepa. Solo he venido a estar contigo… un rato, Kino.

—Pero… No comprendo…

—¿No comprendes? Bueno, esta noche, antes, te dije que no quería… Y ahora te digo que sí. ¿Lo comprendes ahora? ¿Tienes algo para beber? *Anisette* francés, si es posible. Estoy un poco nerviosa…, emocionada.

Kino Ombato sacudió la cabeza. Increíble. Del todo asombroso.

—¿De verdad no ha ocurrido nada, en la villa? —insistió.

—No seas tonto —rio ella—. ¿Tanto te sorprende que acepte tus atenciones?

—Pues… no. Realmente, no. Esta noche ya no me sorprende nada.

—¿Por qué dices eso?

—No sé. Simplemente, no me sorprende nada. Mira, Zunia, te serviré una copa de lo que sea que tenga en el bar, y te irás…

—¡Kino!

—Te irás. Mañana por la tarde pasaré por la villa, y si sigues pensando igual, pues… ¿Qué haces?

Zunia se había acercado rápidamente. Pasó sus fuertes brazos por el cuello de Kino Ombato, y aplastó su cuerpo contra él de él. Sus blancos dientes brillaron en una sonrisa llena de promesas.

—¿Debo darte demasiadas explicaciones? —susurró.

Lentamente, Ombato se quitó aquellas manos del cuello, y se dirigió al pequeño mueble-bar, evitando mirar a la hermosa negra

de cuerpo elástico y potente.

—Te serviré algo —musitó—. Y mañana nos veremos en la villa.

—¿Estás seguro de que así lo quieres? —Parecía incrédula ella.

—Completamente seguro.

Abrió el bar, encontró una botella de *anisette*, y sacó dos copas, que dejó sobre la mesita. Zunia Wata lo miraba fijamente, como decepcionada o disgustada, pero él eludía aquella mirada de claro reproche. Refunfuñó algo y alzó la botella.

—Hay que descorcharla —dijo, siempre sin mirar a Zunia.

—Pues hazlo —susurró ella—. Yo no tengo prisa…

Ombato se volvió de nuevo hacia el bar, y se dedicó a buscar un sacacorchos…, mientras Zunia Wata, velozmente, abría el pequeño compartimiento de su grueso anillo con una amatista, y vertía el contenido en una de las copas. Unos polvos que parecían de cristal, casi transparentes…

Cuando Kino Ombato se volvió, ella había recuperado su postura normal, y se erguía, como desafiante.

—No esperaba… esta frialdad por tu parte, Kino.

—Estoy cansado… Eso es todo.

—¿Tú? —rio ella—. ¿Cansado tú, el gran Kino? ¡No lo creo!

—Zunia, tendrás que perdonarme… Ya te digo que mañana iré a la villa, y allí, si tú… quieres lo mismo…

—Quizá no, Kino. Lo que he hecho por ti debería… explicarte muchas cosas. ¿Crees que una mujer entra como una ladrona en un hotel, para ser… rechazada?

—Lo lamento. Aquí tienes…

Dentro del dormitorio, Brigitte Montfort aguardaba, irritada por no entender nada de lo que estaban hablando aquellos dos interesantes personajes. La llegada de la hermosa negra, ciertamente, no podía haber sido más inoportuna, justo cuando Ombato iba a decirle el nombre de la persona que precisaba los servicios del médico alemán Helmut Frankel. Ella lo había trabajado bien, lo había ablandado… Y cuando iba a obtener los frutos de su trabajo, aquella mujer llegaba a estropearlo todo…

Y, para colmo de males no entendía nada. Quizá la negra le estaba diciendo a Ombato que había encontrado dos cadáveres en el garaje. Todo podía ser. O que la había visto… Cualquier cosa. Quizás incluso se había dado cuenta de que Alí la seguía, y…

No entendía nada, pero sabía que estaban bebiendo.

Y de pronto oyó la ahogada exclamación de uno de ellos… De Kino Ombato. Una exclamación que pronto se convirtió en un quejido. Y enseguida, el sordo ruido de un pesado cuerpo al caer sobre la alfombra morisca, y el inconfundible ruido de cristal al romperse sobre algo blando…

La agente Baby no necesitaba entender el idioma para saber lo que allí estaba ocurriendo. Saltó de pronto fuera del dormitorio, completamente alerta, y sus ojos se clavaron en la sorprendida negra, que lanzó una exclamación al verla.

Brigitte ni siquiera miró hacia el caído Ombato, que gemía débilmente, enroscado sobre la alfombra. Saltó hacia la mujer negra, sabiendo que la vida de Kino Ombato dependía de la rapidez de acción de una espía llamada Baby.

Zunia Wata la recibió con un feroz zarpazo que rozó los ojos de Brigitte, y que se los habría reventado de no curvarse en postura violenta hacia atrás, pasando del ataque a la defensa precipitada. Tan precipitada, que cayó de espaldas, casi encima del gimiente Kino Ombato. Zunia saltó tras ella, y cayó sobre su estómago cuando Brigitte estaba dando una de las vueltas para alejarse. Las rodillas de la negra cayeron sobre los brazos de Brigitte, inmovilizándola, y de nuevo su mano derecha se alzó. Por un instante, la espía vio aquella mano, aquellas uñas rosadas, que parecían tan fuertes y afiladas como cuchillas de acero… Esta vez, el zarpazo fue directo hacia su garganta; fue como el zarpazo de una leona furiosa, y la habría degollado si Brigitte no hubiera conseguido soltar su brazo derecho e interponerla entre aquella zarpa y su garganta.

La zarpa golpeó allí, y dos uñas se hundieron profundamente en la dorada carne de Baby. De nuevo las uñas afiladas y duras se alzaron…, y Brigitte lanzó a su vez un seco *atemi* de judo, que acertó de lleno a Zunia Wata en la garganta, tirándola hacia un lado.

Brigitte se puso en pie de un salto, se acercó a Zunia, y cuando esta comenzaba a ponerse en pie, le golpeó en el estómago, que sonó sordamente, como un tambor mojado. Zunia lanzó un quejido, pero resistió bien el golpe, y acabó de incorporarse, lanzando un par de zarpazos que alejaron de nuevo a Brigitte.

Las dos mujeres quedaron inclinadas, jadeantes, mirándose con ojos brillantes. A ninguna de las dos le convenían los gritos, el ruido, el escándalo.

Tenía que ser en silencio. A muerte, pero en silencio.

Zunia saltó de pronto hacia Brigitte, que al esquivar los feroces zarpazos perdió su ritmo defensivo. Los fuertes brazos de la negra rodearon su cintura delgadísima, y la barbilla se apoyó sobre su clavícula derecha, con fuerza. Zunia Wata tenía tanta fuerza como un hombre, y por tanto, si seguía apretando, conseguiría romper la espalda de la espía, que gemía, curvándose hacia atrás, pálida de dolor, de miedo… De un miedo normal y lógico ante la inminencia de aquel chasquido en su columna vertebral que significaría la muerte.

Su mano derecha, temblando, se cerró sobre los rizados cabellos de Zunia Wata, y tiró hacia atrás, con todas sus fuerzas, desesperada, mareada ya, notando en sus oídos el zumbido que precede a la pérdida de la consciencia… Por un instante, su pecho y su espalda quedaron aliviados de aquella presión. Solo un instante, menos de un segundo. Pero suficiente para que la mano izquierda, de canto, golpease en la oreja derecha de Zunia, que gritó contenidamente, aflojó más la presión… Brigitte tiró entonces con más fuerza de los cabellos, consiguió apartarla, golpeó de nuevo con la mano izquierda, otra vez en la oreja… Luego, con la derecha, en plena boca de la poderosa negra, que cayó de rodillas…

Un nuevo puntapié de Brigitte con intentos de *capoeira* tuvo también malos resultados. Zunia la asió del pie, la derribó y saltó de nuevo sobre ella, con todo el peso y la furia de una leona. Los dos zarpazos se perdieron en el aire. En cambio, esta vez, el pie de Brigitte sí dio de lleno en su frente, derribándola de espaldas.

Estaba Zunia Wata incorporándose cuando recibió el tremendo hachazo en el cráneo, que normalmente era suficiente para matar a un hombre.

Pero la negra no murió.

Cayó de nuevo de rodillas, mostrando el blanco de los ojos, camino de la inconsciencia…

En silencio, pero a muerte.

Brigitte se colocó rápidamente tras ella, y pasó su bracito izquierdo por aquella esbelta pero fortísima garganta: sujetó su

muñeca con la mano derecha, y tiró con fuerza hacia atrás. Las manos de Zunia ascendieron, muy débilmente ya. Las uñas apenas rozaron la dorada carne de la espía… Un ronco estertor brotó de los gruesos labios, de la esbelta garganta apresada.

Quince segundos después, cubierto el cuerpo de sudor, Baby abandonaba su presa, y Zunia Wata caía muerta a sus pies, de bruces. Quedó inmóvil.

Jadeando, Brigitte se apresuró a arrodillarse junto a Ombato. Le dio la vuelta y puso dos deditos en la carótida. Todavía había vida en aquel cuerpo. Se puso en pie rápidamente, y salió de la *suite* de Kino Ombato. Regresaba ni siquiera un minuto más tarde, con su maletín, del cual sacó el vomitivo que nunca olvidaba en sus viajes desde aquella vez que estuvo a punto de morir envenenada, en Hong Kong[3].

Corrió al cuarto de baño y regresó con un vaso lleno de agua, en la cual mezcló el vomitivo especial facilitado por la CIA. Era de una violencia y eficacia tal que si se administraba a tiempo podía anular los efectos de casi todos los venenos conocidos. Le costó no poco esfuerzo incorporar a Kino Ombato, cuyo tamaño y peso era superior al doble de ella. Bajó la mandíbula inferior del negro, y vertió en la boca, lentamente, el contenido del vaso. Sonrió crispadamente cuando Ombato comenzó a tragar, muy despacio, con dificultades.

Cualquier otro hombre de los que ella conocía, incluso «Alexandria», o «Número Uno», ambos de un vigor físico fuera de lo normal, habrían muerto ya.

En cambio, Kino Ombato, con sus doscientas cincuenta libras de peso y sus seis pies y medio de estatura, iba a poder vivir, resistiría el veneno. Eso parecía, al menos…

De pronto, cuando todavía quedaba líquido en el vaso, el colosal torso del negro se estremeció, su boca se abrió con fuerza incontenible debido a la arcada…

* * *

Había conseguido llevarlo hasta el dormitorio, y colocarlo sobre la alfombra. Pero eso era todo. Cierto que había intentado colocar en el lecho a Ombato, pero el peso del coloso era demasiado para ella.

Sin embargo, lo había salvado. Allá estaba, tendido de lado, por si todavía vomitaba más. Inconsciente, por supuesto. Y de un extraño tono amarillo verdoso su negro rostro.

Recurriendo de nuevo a su maletín, Baby extrajo una pequeña jeringuilla, que llenó con el líquido de una ampolla alargada, de color rosado; buscó la vena principal en el brazo izquierdo de Ombato, y le clavó la aguja. Luego, inyectó lentamente el líquido.

Lo último que hizo fue tomarle una vez más el pulso, y sonrió al notarlo casi normal, fuerte, seguro. Lástima que no había podido sonsacarlo tanto como la situación había prometido, pero, al menos, tenía ya la completa seguridad de que Kino Ombato no estaba haciendo nada que, según la peculiar justicia de la agente Baby, mereciese la muerte.

Tras recoger cuanto había usado del maletín, cerró este, salió del dormitorio y se quedó contemplando el cadáver de la negra. Las cosas iban encajando…, y posiblemente encajarían más cuando se pusiera en contacto con Alí.

Pero, de momento, lo principal era sacar de allí aquel cadáver, esconderlo. Puesto que la negra había entrado dispuesta a asesinar a Kino Ombato, se podía suponer que había utilizado la misma entrada que ella al regresar de la colina de Anfa: esto es, por la parte de atrás, evitando ser vista. Y puesto que nadie la había visto, si la dejaba en otra *suite* ni ella ni Ombato quedarían comprometidos. Solo tenía que encontrar una *suite* vacía en aquel piso, y aprovechando lo tardío de la hora y que los clientes del hotel se habrían ya retirado, dejar el cadáver en cualquier armario, o bajo una cama…

* * *

Casi media hora más tarde, de nuevo en el cuarto de Kino Ombato, la agente Baby se secó el sudor, antes de meterse bajo la ducha. Todo estaba ya en orden, y podía permitirse cinco minutos más de espera.

Se duchó placenteramente, se secó, se vistió, salió al dormitorio de Ombato, y entonces sí llamó por la radio.

—¿Alí?

—¡Señorita Montfort! ¡La he estado llamando por la…!

—He tenido otras cosas que hacer, de modo que no podía atender tus llamadas. Tranquilízate y dime adónde fue la hermosa negra antes de venir a mi hotel.

—¿Sabe usted que está en el hotel?

—Y, además, invitada a pasar unos días bajo una cama, por cortesía de la agente Baby. Dime, Alí, ¿sabes adónde fue?

—Sí, señorita. Ella estuvo en el puerto.

—¿Vio a alguien allí?

—Subió a un yate.

—¡Por el amor de… Alá, Alí, dime ya lo que sepas!

—Ella estuvo en un yate bastante grande, un poco viejo, que se llama *Gavilán*…

—¿Bandera cubana?

—No me he fijado en eso. Sé dónde está anclado, y que esa mujer estuvo a bordo, hablando con unos hombres. Estuvo más de… Casi hora y media. Luego salió, tomó un taxi y se hizo llevar al hotel. Entró por la parte de atrás.

—¿Qué hora es, Alí?

—Casi las dos y media, señorita.

—Saldré del hotel dentro de media hora. Tú y yo vamos a ir a cazar un gavilán.

—¿Ahora? —exclamó el marroquí.

—No, hombre, ahora no… Dentro de media hora. ¿*Okay*?

—*Okay* —suspiró Alí—. Usted siempre se sale con la suya, señorita.

—Siempre, en efecto. De lo contrario, no sería quien soy.

Capítulo IX

—Ese es el *Gavilán*, señorita.

Brigitte contempló el yate desde el coche, detenido en un punto del puerto, con todas las luces apagadas. No se veía a nadie por allí, todo parecía estar en calma. No obstante, Baby sacó sus prismáticos para visión nocturna, y los enfocó hacia el yate.

—Hay un hombre en la cubierta, Alí. Nos verá en cuanto nos acerquemos. Y eso… no nos interesa.

Los blancos dientes del marroquí brillaron en la oscuridad del coche.

—Tergo un cuchillo —dijo—. Si usted quiere que…

—No seas primitivo, querido. Los cuchillos solo se usan hoy día cuando es imposible utilizar armas mejores. Acércate un poco más al borde del muelle. Bastará que quedemos a la mitad de distancia que ahora.

—¿Le disparará con una pistola?

—Con un fusil —sonrió Brigitte.

Una vez más recurrió a su maletín. En menos de un minuto tuvo montados sus tres tubos de aluminio, con el culatín encajado en la ranura. Alí había detenido ya el coche, que había avanzado silenciosamente, y miraba expectante aquel fusil cuyo modelo le resultaba por completo desconocido. Vio a su querida y admirada señorita Montfort introducir por la boca de la extraña arma una pequeña ampolla redonda de cristal. Luego, ella sacó la punta del arma por la ventanilla, apoyándola allí.

—Observa, Alí.

—Sí, señorita.

Tres segundos más tarde, Alí oía tras él un levísimo chasquido. Vio al hombre del yate llevarse las manos al rostro, ponerse en pie… y caer de bruces como fulminado. Eso fue todo.

—¿Lo ha matado? —musitó.

—No. Pero podemos entrar tranquilamente en el vate. Vamos allá.

Se apearon los dos, llevando Brigitte en una mano el maletín y en otra el fusil de aluminio. Efectivamente abordaron el yate sin el menor contratiempo. Baby se colocó ante la entrada al interior de la embarcación, y escuchó atentamente, pero nada pudo oír. Habían dejado a un hombre de vigilancia, y los demás debían de estar durmiendo.

Mas, por si acaso, desconfiada por naturaleza y por profesión, la espía lanzó al interior del yate dos de las cápsulas de gas somnífero, de efectos inmediatos. Esperó medio minuto, tranquilamente, y entonces señaló al hombre dormido en la cubierta.

—Llévalo adentro, Alí.

—Sí, señorita.

Brigitte bajó en primer lugar, todavía con precauciones, ya que podía ocurrir, siquiera fuese remotamente, que alguien de allí dentro hubiese oído algo, y se hubiese procurado una mascarilla antigás. Muy remoto, pero posible.

No. Nadie había escapado a los efectos del gas. En total, en el yate había tres hombres más, todos dormidos por el gas mucho más profundamente que por el sueño natural. Alí había arrastrado al de la cubierta por un pie, y miraba atentamente a la espía, esperando órdenes.

—Sácalos a todos de sus camarotes, Alí. Y quiero que los ates bien, de pies y manos. No escatimes cuerda, ni te preocupes por hacerles más o menos daño. Los quiero tan bien atados que jamás puedan soltarse.

—Alí hará eso muy bien, señorita.

—Pues, mientras tanto, Baby se dará una vuelta por el yate. Y también lo hará muy bien.

* * *

Lo hizo tan bien, que encontró la remesa de armas, escondidas en el doble fondo del yate, antes de media hora: fusiles, pistolas, ametralladoras, granadas de mano, algunos morteros, cajas de munición… Más de un millón de dólares en armas. Bastante más. El «arsenal» había sido camuflado con tal acierto que no era extraño

que aquellos hombres se hubiesen atrevido a recalar en Casablanca con un cargamento de armas. El doble fondo estaba perfectamente logrado, y parecía, por su suciedad y la suavidad de su mecanismo de entrada, que no era la primera vez que se utilizaba aquella nave para transportar armas.

La espía estuvo un par de minutos pensativa.

Por fin, volvió arriba, donde Alí tenía perfectamente empaquetados a los cuatro hombres, uno de ellos barbudo. El otro, que resultaba más interesante para Brigitte, era un formidable negro, de complexión y rasgos parecidos a los de Kino Ombato.

—Magnífico, Alí.

—¿Qué hacemos ahora?

—Los dejaremos que duerman un poco más, mientras yo acabo de arreglar esta situación. Ya vuelvo. Vigila bien, por si se acerca alguien.

—¿Y si alguien entra en el yate?

—Has dicho que tienes un cuchillo, ¿no es cierto?

—Es cierto —sonrió Alí—, tengo un buen cuchillo.

Brigitte también sonrió, cogió su maletín y desapareció.

Reapareció quince minutos más tarde. Alí estaba junto a las puertas de entrada al interior del yate, y la miró esperando alguna nueva orden. Pero todo lo que hizo Brigitte, tras examinar a los cuatro hombres, fue encender un cigarrillo y sentarse. Había que esperar.

* * *

Casi a las seis de la mañana, el primer hombre despertó. El negro, naturalmente, cuya fortaleza física era superior a la de los tres blancos. Tardó todavía unos segundos en darse cuenta de la situación. Entonces se quedó mirando fijamente a Brigitte, en silencio.

—Hola, amigo —saludó la espía, en inglés.

El hombre no contestó. Miró a Alí, sentado en el escalón más alto de la escalerilla que llevaba a cubierta. Luego, a Brigitte. Hizo un esfuerzo por soltarse, pero comprendió inmediatamente que eso no iba a ser posible, a pesar de su formidable musculatura.

Brigitte encogió los hombros, se puso en pie y se acercó al

ventanal larguísimo. Había amanecido ya, tímidamente, y todo el cielo parecía rojo y morado.

Bostezó, volvió a sentarse y encendió otro cigarrillo.

Casi media hora más tarde, cuando ya el día estaba lleno de sol, despertó el barbudo. Y muy pocos minutos después, los otros dos hombres blancos. Uno a uno, todos ellos fueron dejando sus miradas fijas en la agente Baby, que los miraba atentamente. Por fin, cuando comprendió que los cuatro hombres estaban completamente despejados, preguntó en español:

—¿Quién manda este barco?

—Yo —dijo el barbudo, también en español.

—¿Y las armas? ¿Para qué son las armas?

Los tres blancos se sobresaltaron visiblemente y cambiaron una veloz mirada de alarma.

—¿Qué armas? —musitó el barbudo.

—Vamos, vamos, capitán… No tengo tiempo que perder. Quiero saberlo todo, y enseguida. Ustedes son cubanos, como Félix y Lorenzo, y tienen un cargamento de armas en el fondo del yate. Lo he visto. Quiero que entiendan que si hay algo que me disguste es perder el tiempo cuando todavía quedan cosas por hacer. En Rusia, la pérdida de tiempo está considerada como pecado nacional, como un atentado contra la patria.

—¿Es usted rusa? —Pareció animarse el barbudo.

—Es posible.

—¿Lo es o no lo es? Eso… podría cambiar mucho las cosas.

—Entonces, soy rusa —sonrió gélidamente Baby.

—Si es rusa —dijo el barbudo, en ruso—, podrá entender lo que estoy diciéndole ahora. Ya sé que mi ruso es deficiente, pero me hago entender, ¿no es cierto?

—Es cierto —dijo Brigitte, también en ruso—: su ruso es tan malo que solo un auténtico ruso podría entenderlo. De todos modos, capitán, usted aprovechó la estancia de mis compatriotas en su isla, según parece. ¿Y bien? ¿Convencido de que soy rusa?

—Desde luego.

—Entonces, por favor, volvamos a hablar en español, puesto que yo lo hablo mejor que usted el ruso, y me irrita que alguien destroce de tal modo mi idioma. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —sonrió el barbudo—. ¿Quién es usted?

Brigitte frunció el ceño.

—Marya Smirkov Protopov… De la MVD, por si le interesa.

—Espléndido —sonrió el cubano—. Suélteme, por favor. Todo podrá arreglarse entre…

—Primero, capitán del *Gavilán*, quiero saber qué hacen ustedes aquí, y para qué son las armas. Les estamos vigilando hace días. Ah, sepa que Félix y Lorenzo han muerto. Los mató un negro gigantesco, parecido a ese, llamado Kino Ombato, y que está alojado en el El Daiba Hotel. Asimismo, ese hombre mató a una negra muy alta y hermosa, en su *suite* de ese hotel, y la escondió, ya cadáver, en otra *suite*. ¿Usted envió a Félix y Lorenzo a la villa de la colina de Anfa?

—Sí… Maldito Ombato…

—¿Qué ha dicho ella? —preguntó el negro, en inglés.

—A partir de ahora, hablaremos en inglés, para que el negro nos entienda —dijo Brigitte—. Explíquele lo que he dicho, capitán.

El barbudo así lo hizo, y el negro mostró una llamarada de furia en sus ojos.

Miró a Brigitte y preguntó:

—¿Y ella? ¿Quién es ella?

—Amiga nuestra, Sarno. Todo esto es una equivocación que pronto estará arreglada. ¿No es cierto, Marya Smirkov?

—Es solamente posible, capitán. Fíjese bien, porque no volveré a repetirlo: usted va a explicarme qué significa todo esto, o yo los mataré a los cuatro. ¿Se entiende bien mi inglés, capitán?

—Sí.

—Adelante, entonces. La MVD siente mucho interés por saber qué hacen ustedes por esta parte del mundo con un cargamento de armas sacado de Cuba. Explíquese brevemente y con claridad. Las preguntas aclaratorias vendrán después, si las preciso. Adelante.

—Este hombre se llama Onio Sarno. Es de Kongania, en la costa Central de África Occidental[4]. Él se puso en contacto con nosotros hace un par de meses, en Cuba, para proponernos la compra de una buena partida de armas.

—¿Con qué fin?

—Organizar una revolución en su país.

—Entiendo que también Kino Ombato es de Kongania, ¿no?

—Sí, desde luego. Él es un… diplomático muy importante allí, y

por orden del presidente de Kongania fue a Estados Unidos, hace un mes, o poco menos, para ponerse en contacto con un hombre que les interesaba. Ese hombre iba a ayudar al presidente de Kongania y a Kino Ombato, a gobernar el país. Con lo cual no estuvo de acuerdo Onio Sarno.

—¿Debo entender que el presidente de Kongania iba a traer un extranjero para que le ayudase en las tareas de Gobierno?

—Exactamente. Y eso fue lo que no le gustó a Onio Sarno, que es ministro de la Guerra en Kongania. De modo que decidió organizar una revolución, y se dedicó a prepararla antes de que Kino Ombato saliese hacia Estados Unidos para recoger al hombre que iba a ayudar a él y al presidente de Kongania a gobernar. Aprovechando la ausenia de Kino Ombato, muy querido en Kongania, Onio Sarno decidió entrar ya las armas en su país, para iniciar la revolución. Pero las coas se retrasaron por imprevistos, y nos enteramos de que, finalmente, Kino Ombato había regresado a África, y que estaba con el hombre americano que iba a ayudar a gobernar Kongania.

—Y decidieron eliminar a Kino Ombato y al hombre que iba a ayudar a gobernar al presidente de Kongania. Para eso, enviaron a Félix y a Lorenzo a la villa de la colina de Anfa. Lorenzo y Félix tenían que esperar a que en la casa solo estuviese ese americano y el médico que le atiende, para entrar a matar a ambos.

—Sí.

—¿Y por qué no entrar antes y matar ya a Kino Ombato?

—Porque Zunia Wata estaba en la casa, y convenía que todo sucediera en su ausencia. Además, ella había pedido matar a Kino Ombato a su manera. De modo que salió de la villa, dejando el campo libre a Félix y Lorenzo, y vino aquí a buscar el veneno que nos había encargado. Luego, esperó un tiempo, para que hubiese muy poca gente, o nadie, en la parte de atrás del hotel, y dijo que podíamos dar por muerto a Kino Ombato.

—Ya… Pues sucedió al revés: Ombato la mató a ella. Y antes, a Félix y Lorenzo… Finalmente, se llevó al americano y al doctor que lo atiende, lejos de la villa de la colina. Pero… yo sé dónde están, ahora.

—¿Dónde?

—Yo hago las preguntas, capitán. Bien… En resumidas cuentas,

se trataba de eliminar a Kino Ombato y al americano que tenía que ayudar a gobernar Kongania. Y, al mismo tiempo, por supuesto, organizar una rebelión, una revolución que aniquilase al actual presidente de Kongania, cuyo lugar ocuparía el señor —señaló al negro— Onio Sarno.

—Así es. En realidad, el presidente ha caído ya.

—¿Sí? ¿Y su sucesor será Onio Sarno?

—Para ello, primero hay que matar a Kino Ombato, que es muy querido en Kongania. Y luego, hay que hacer un poco de… guerra, para acabar de convencer a los partidarios de Kino Ombato y del presidente fallecido.

—Asesinado, querrá decir.

—Bueno… Es lo mismo. ¿No?

—Claro —sonrió Brigitte—. Es lo mismo. El plan es bueno, señores. Pero me pregunto —miró directamente a Onio Sarno— qué clase de sistema político piensan implantar ustedes en Kongania, señor Sarno.

Este sonrió ampliamente.

—Si me está sugiriendo el comunismo, le diré que ya había pensado en eso. Y esta ocasión me parece excelente para hacer llegar mi… simpatía hacia Rusia hasta la misma Moscú. Yo aceptaré con mucho gusto las… directrices políticas rusas.

—Eso es muy de mi agrado, señor Sarno —sonrió Baby—. Parece que vamos entendiéndonos.

—Ya se lo dije —sonrió el barbudo.

—Bien… ¿Y cuál es su parte en esto, capitán?

—Onio Sarno tiene que pagarme millón y medio de dólares cuando desembarquemos las armas. Yo cobro y desaparezco. Lo demás, es cosa de Onio Sarno y de su revolución.

—Una revolución que, estoy segura, merecerá el beneplácito de Moscú —afirmó con satisfacción Brigitte—. Es más, señor Sarno, quizá consiga para usted cierto… asesoramiento para la revolución.

—¡Lo aceptaría con mucho gusto! —exclamó Sarno.

—Lo consultaré. Y… este va a ser un trabajo por mi parte que merecerá felicitaciones por parte de la MVD. Según parece, señores, todos podremos darnos por satisfechos. Solo falta un pequeño detalle.

—¿Cuál?

—Matar a Kino Ombato, al americano y al médico que cuida del americano.

—Si nos dice dónde están…

—No —interrumpió Brigitte, pensativa—. No, no. Será mejor que yo me encargue de eso… personalmente. Si no tienen inconveniente, claro está.

—¡Al contrario!

—Bien… Veamos… Oh, Alí, ya puedes desatarlos, desde luego.

—Sí, señorita —aceptó el estupefacto Alí.

Brigitte encendió otro cigarrillo, y estuvo fumando, muy pensativa, mientras el marroquí soltaba a los cuatro hombres. Cuando estos quedaron libres, permanecieron pendientes de la espía, que, por fin, habló, lentamente:

—No quiero complicaciones con el cargamento de armas, ya que son vitales para una revolución rápida. Pasaría algún tiempo antes de que Rusia pudiera enviar armas a Kongania, de modo que las que ustedes tienen han de llegar a la máxima brevedad. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —se apresuró a aceptar Onio Sarno.

—Además, tampoco interesa que se relacione a Rusia con el armamento que posean los revolucionarios de Kongania al mando del señor Sarno… Sí, ustedes saldrán hacia Kongania inmediatamente. Y yo me encargaré de Kino Ombato y los otros.

—¿Está segura de no fallar?

—Absolutamente. Sin embargo… Sí, creo que es mejor… No se irán hasta que hayan recibido la noticia de que ellos han muerto. Capitán, le voy a dar… Alí, dale tu radio.

El marroquí entregó su radio de bolsillo al barbudo cubano, que la tomó sonriendo.

—Es de factura americana —casi rio—. Sé cómo se maneja.

—Entonces, capitán, queda muy poco que hablar. Cuando yo haya terminado mi parte en Casablanca, ustedes partirán. Inmediatamente, yo comunicaré la situación a Moscú, y recibirán la ayuda clandestina necesaria para que los planes del señor Sarno no tengan un solo fallo. ¿Hay alguna duda?

—Ninguna.

—Señores —Brigitte tendió su mano uno a uno a los cuatro hombres—, ha sido un placer conocerles. Les deseo éxito en su cometido. Nos vamos, Alí.

—Sí, señorita.

Brigitte recogió su maletín y se fue hacia la escalerilla que llevaba a cubierta. Allí se volvió, de pronto, como sorprendida por una nueva idea.

—Ah… Opino que será mejor que zarpen ya, señores. Pueden colocarse a un par de millas del puerto de Casablanca, a la espera de mis noticias para proseguir viaje hacia Kongania. ¿Les parece bien?

—Perfecto —sonrió el barbudo—. Perfecto, porque si algo saliese mal, podríamos escapar rápidamente.

—Esa es la cuestión. Feliz viaje.

Poco después, Brigitte y Alí se colocaban en el auto de este, que todavía no conseguía salir de su asombro.

—Señorita, perdone, pero…

—Mi buen Alí, tus servicios han sido magníficos. Y aún lo serán más si continúas obedeciéndome en todo… a ciegas.

—Alá es testigo de que…

—Gracias. Entonces, escucha bien. Lo primero que harás, será dejarme en el centro de la ciudad. Luego, irás a El Daiba Hotel, subirás a la *suite* de Kino Ombato, y, sin mencionarme a mí para nada le dirás… Oh, tendrás que llamar fuerte, Alí, porque él debe de estar profundamente dormido.

—Sí, señorita. ¿Qué le digo?

—Que le esperas abajo con un coche, y que es del todo necesario actuar con rapidez para…

Capítulo X

El doctor Helmut Frankel abrió la puerta, y se quedó contemplando, atónito, a Kino Ombato, que tenía junto a él a un muchacho marroquí de brillantes ojos negrísimos.

—Ombato… ¿Qué ocurre?

—Despierte al paciente, doctor. Pronto… Y bajen los dos a la sala.

—Pero…

—¡Pronto!

Helmut Frankel optó por obedecer, como medio más rápido de enterarse de lo que sucedía. Ombato y Alí entraron en la sala de la villa, y poco después el médico, acompañado del paciente, se reunían con ellos. En el rostro de Frankel se veía todavía la sorpresa, pero en el rostro del paciente nada podía verse, pues toda su cabeza estaba completamente envuelta en vendajes, con aberturas únicamente para las fosas nasales, boca y ojos.

—¿Qué ocurre, Ombato? —preguntó el paciente.

La respuesta llegó procedente de la puerta de la sala, por detrás del hombre de la cabeza vendada.

—Yo se lo explicaré, general Manchester.

El paciente lanzó una exclamación de sorpresa, y se volvió hacia la puerta. No fue el único que se quedó mirando lleno de asombro a la más bella espía mundial de todos los tiempos.

—¿Quién es usted? —exclamó el paciente.

—Ella se llama… —empezó Ombato, todavía estupefacto.

—Por favor, Kino —sonrió Baby—, yo lo explicaré todo, si no te importa. Te agradezco mucho que hayas aceptado las indicaciones de Alí, sin preguntas, sin preguntar por mí en el hotel, sin interesarte por Zunia Wata… Por favor, caballeros, no permanezcan en pie por mi causa. ¿Recogiste el telegrama, Alí? ¿O no había llegado?

—Había llegado, señorita.

Brigitte tomó el telegrama que le tendía el marroquí, lo abrió y leyó rápidamente su contenido. Alzó la sonriente mirada hacia los tres hombres, que se habían sentado, ciertamente, pero parecía que lo habían hecho sobre ascuas.

La espía dejó el maletín sobre una mesita morisca, muy baja, y encendió un cigarrillo.

—Caballeros —señaló a Ombato—, les presento al nuevo presidente de Kongania.

Ombato pegó un salto en su asiento.

—¿Qué dices? —exclamó—. ¡El presidente de…!

—Siéntate, Kino. Lamento darte esta mala noticia, pero el presidente ha muerto. Ha sido asesinado. Y en estos momentos tu país está esperando tu regreso para colocarte en su lugar.

—Ha muerto —musitó Ombato—. ¡Lo han asesinado! Pero ¿quién ha podido? ¿Por qué? ¿Por qué?

—¿Conoces a un hombre llamado Onio Sarno?

—¡Naturalmente! Él es…

—Él es quien lo ha organizado todo. Por favor, caballeros, escuchen atentamente…

* * *

—Espero haberme explicado bien, señores.

—Sí —musitó Ombato—. Lo has hecho muy bien, Brigitte. Yo… tendré que volver inmediatamente a Kongania.

—Es una idea sensata. Un país no puede estar sin presidente, Kino. Espero que sepas gobernar en paz y con amor. Sé que eres muy querido de tu pueblo, y eso es para mí una garantía. En cuanto a usted, general Manchester…

—¿Cómo sabe quién soy yo? —musitó el paciente.

—Oh, vamos, general… Debo admitir, ciertamente, que al principio estuve un poco desorientada. Del todo desorientada, para ser sincera. Pero luego comprendí la verdad. Su jugada del pasaporte falso a nombre del ciudadano francés Pierre Civette era solo una trampa para ocultar la auténtica verdad. Nadie lo mató a usted bajo el agua, en Big Pine Key. Lo que ocurrió, fue que Kino le dejó a usted un chaquetón de goma bajo el agua, así como tubos de

aire, lentes, aletas… y un arpón con un pez ya ensartado. Usted estuvo esperando en la playa hasta que Kino atrapó uno. Él subió a la lancha, usted comprendió todo, se fue hacia dentro, y mientras yo, que le vigilaba, temía por su vida, usted se colocaba la boquilla del aire en la boca. Luego, se colocó el resto del equipo, salió del agua con un hermoso pez… y se fueron. Kino lo desembarcó en un lugar convenido y él se fue a su motel, mientras usted, con otro pasaporte falso, tomaba, quizás aquella misma noche, un avión con destino a Casablanca. ¿Correcto, mi general?

—Sí… Es asombroso que usted…

—No le dé tanta importancia. Es mi trabajo, simplemente. Pero prosigamos: usted llegó a Casablanca, donde el doctor Helmut Frankel, eminente cirujano plástico conocido en toda Europa, le estaba esperando para llevarlo a la villa de la colina de Anfa que previamente había alquilado Kino Ombato. Allá, inmediatamente, el doctor Frankel procedió a alterar su rostro. Estoy segura, general, que cuando esos vendajes sean retirados, usted no se parecerá demasiado a Malcom Manchester.

—Así lo espero —musito este.

—¿Por qué, mi general? Entiendo que usted quiere ir a Konganía a gobernar…

—¡No! —exclamó Manchester—. A gobernar, no… Yo voy a Kongania a descansar, en busca de paz y a entregar paz.

—¿Entregar paz, mi general? Temo no comprender.

—Yo… residiré hasta el fin de mis días en Kongania. Estuve en ese hermoso país hace unos años. Es… todavía un mundo pacífico. Conocí a Kino Ombato, y le dije que no me importaría vivir en Kongania durante el resto de mis días. No hace mucho, Ombato estuvo en Estados Unidos, y me visitó Me dijo que Kongania corría peligro de ser uno más entre tantos países de África envueltos en guerra, en revoluciones, en asesinatos… Y me propuso un puesto en el Gobierno. Él sabía que yo amo la paz, y tuvo la gentileza de decirme que se había asesorado bien respecto a mí, y que estaba convencido de que Kongania me necesitaba, necesitaba un político de mi… talla humana. Naturalmente, me negué a aceptar un puesto en el Gobierno konganiano, pero… comprendí que había llegado mi momento: escapar. Escapar a un lugar donde pudiese de verdad ser un político de la paz.

—¿No lo era en Estados Unidos? —musitó Brigitte.

—¿En Estados Unidos? —rio acremente el general—. ¿Qué era yo en Estados Unidos? Un hombre respetado y admirado, ciertamente, pero… ¿se tenían en cuenta mis sugerencias? Ni siquiera mi propia esposa lo hacía. Ella se considera viuda ahora, y estoy seguro de que no es demasiado infeliz. Le he dejado una buena fortuna, y ella… Oh, sí, sabrá disfrutarla, desde luego. No me llorará mucho.

—¿Y su patria, mi general? ¿No le llorará nuestra patria?

—¿Llorarme? ¿Acaso ha llorado a cientos de miles de americanos en diferentes guerras? Oh, sí, sí… Ha llorado unas cuantas lágrimas al terminar una guerra, Pero luego ha empezado otra, y otra, y otra… Siempre en guerra. Y yo pregunto: ¿por qué no siempre en paz?

—Es una pregunta que yo también me he hecho en muchas ocasiones, mi general —tembló la voz de Baby.

—En Estados Unidos, yo nada podía evitar. No era nadie. En Kongania, Ombato me ha prometido seguir mis consejos políticos, en lo cual estaba de acuerdo el asesinado presidente. Ellos habrían sido los gobernantes de su país. Yo, solamente un consejero político para ganar en todo momento la paz, no la guerra. Nadie gana las guerras. Todos las pierden, incluso los vencedores. Yo habría vivido en Kongania, solo, con mi música, mis pinturas, mi poesía… Sol, el mar y la poesía de la paz. Kongania tiene tres vecinos, tres países que son fronterizos con ella. Kino Ombato dice que si Kongania está en paz con ellos, todo irá bien, por mucho tiempo, mientras África va elevando su nivel cultural, político y humano.

—¿Y usted estaría en la sombra, dedicado a eso, mi general? ¿Sin premios, sin menciones honoríficas, sin cargos importantes, sin decir nunca nada? ¿Usted haría eso? ¿Usted mantendría en paz con su sabiduría política a esos cuatro países, que podrían ser el punto luminoso de la paz en África, el punto de partida? ¿Usted haría eso… por nada?

—Por la paz. Por la paz en todo el mundo. No importa la raza, el país o el continente. En Estados Unidos, nada podía hacer. Aquí, en África, puedo hacer mucho. Sabía que el general Manchester jamás habría obtenido permiso para esto. Por eso, decidí que el general Manchester falleciese.

—¿No espera nada a cambio? —susurró Brigitte.

—Paz, amor, sol y poesía. ¿Le parece poco?

—Me parece demasiado —se tensó la voz de Brigitte, emocionada.

—Sí… Al parecer, era demasiado pedir, demasiado soñar. Kino, lo siento… Lo siento, pero ya ve que hemos sido… descubiertos.

—¿Le formarán juicio en su país, mi general? —Tembló la voz del gigantesco negro.

—No lo sé. Quizá se considere como un acto de traición. Yo…

—Hablando de traiciones —interrumpió Brigitte—, nos habíamos olvidado de Onio Sarno, Kino.

—Has dicho que él está esperando tu llamada, para seguir viaje hacia Kongania… ¿Vas a permitir eso, Brigitte? Me quitas al general, envías armas a mi país…

—¿Por qué dices eso? Las armas no han llegado todavía, amor.

—Pero llegarán. Si ese yate ya está en alta mar…

—Como a dos millas del puerto, esperando.

—¿Y yo? —preguntó Helmut Frankel, impresionado—. ¿Qué hago yo?

—Esperar también, doctor Frankel.

—Esperar… ¿qué?

—A que su paciente esté en condiciones de viajar, naturalmente.

—Sí…, naturalmente.

—Debió de cobrar una buena cantidad por esta operación, ¿no es así?

—No he hecho nada deshonroso en ningún momento —dijo altivamente Frankel—. Me dijeron que no debía saber quién era el paciente, pero…

—Por favor, doctor Frankel, no se moleste en disculparse. Sé que es usted una buena persona. Tenga, lea este telegrama.

El médico cirujano alemán tomó el telegrama que poco antes le diera Alí a Brigitte.

El contenido era el siguiente:

PERSONAJE QUE TE INTERESA ES CIRUJANO FAMOSO EN EUROPA, DE OPERACIONES QUIRÚRGICAS FACIALES *STOP*. NO PERTENECE NI HA PERTENECIDO JAMÁS A NUESTRA PROFESIÓN *STOP*. SIEMPRE PERSONA HONORABLE EN TODOS LOS ASPECTOS *STOP*. RECIBE MI

AMOR.

WILHELM.

—No comprendo… ¿Quién es este Wilhem?

—Un amigo muy querido. Entonces, doctor, ¿contamos con que se quedará usted hasta el final de su trabajo?

—Sin duda alguna, si nadie se opone.

—¿Para qué? —murmuró amargamente Malcom Manchester—. Puedo viajar, estoy seguro. Y en Estados Unidos me atenderán perfectamente hasta… que me formen juicio.

—¿Piensa usted entregarse, mi general? —Sonrió Brigitte—. ¿Y renunciar a todos sus sueños de paz?

—¿Entregarme? ¿Yo? No… Pero usted es una agente americana, señorita, y querrá…

—Perdón, mi general. Yo no soy una agente americana.

—No comprendo…

—Yo soy la agente Baby, mi general. Solo eso. La espía más linda del mundo al servicio de la paz. Precisamente, mi general, mi mayor defecto es que mato implacablemente, sin piedad alguna, a quienes atentan contra la paz. Y respeto a quienes luchan a su favor.

—Señorita… Señorita Baby, no comprendo todavía…

—Le diré lo que haremos, mi general. Kino Ombato saldrá ahora mismo hacia Kongania. Y al decir ahora mismo quiero decir ahora mismo, no dentro de una hora o media hora. En cuanto a usted, espero que el doctor Frankel le atienda debidamente, y que su rostro siga siendo tan honrado y noble como el que yo recuerdo. Por lo demás, solo puedo desearle una feliz estancia y larga vida en Kongania.

—¿Cómo…? ¿Usted…? ¿Usted me permite que… que…?

—Que cumpla sus sueños y los míos. En realidad, mi general, usted va a ser… un eficaz colaborador en el mundo de la agente Baby.

—Pero usted… usted trabaja para la CIA, sin duda…

—Digamos que la CIA financia mis empresas —rio la espía—. ¿Alguna pregunta más?

—¿Puedo… podré partir hacia Kongania…?

—Cuando usted quiera. Por lo que a mí respecta, el general

Malcom Manchester falleció, en desdichado accidente, en Big Pine Key, Florida, USA.

—Dios mío… ¿Cómo podré pagarle…?

—Usted y Kino encontrarán muy fácil tenerme siempre contenta, general. Por favor, no quiero más palabras de agradecimiento, ni expresiones de ninguna clase. Esto es todo. Es decir… Quedan por ahí algunos señores que son… lo opuesto a lo que yo quiero. ¿Tienen la bondad de acercarse todos al ventanal, por favor? Si lo hacen, sobre el mar azul, bajo el limpio cielo africano, podrán ver el yate *Gavilán*, a un par de millas de la costa… Se ve diminuto, diminuto… Es como un juguete. ¿Lo ven?

—Sí… Se ve muy bien…

—Magnífico. No lo pierdan de vista, por favor.

Brigitte abrió su maletín y sacó un pequeño aparato metálico en el cual, tras el redondo cristal, se veía una aguja y unos números. A un lado, un diminuto dial rojo, que la espía movió hacia la derecha, con la vista fija en el diminuto *Gavilán*, a dos millas de la costa… Hubo un destello, un estallido, se vieron objetos brillantes lanzados por el aire, una tromba de agua se alzó… El mar quedó en calma, poco después… Un mar sin *Gavilán*.

—Pues ya no lo ven —dijo fríamente la agente Baby—. Como usted bien dice, mi general, nadie gana las guerras.

Este es el final

Alí abrió presurosamente la portezuela de atrás, y tendió la mano hacia la más hermosísima pasajera que jamás pasara por el aeropuerto de Casablanca y del mundo entero.

Luego, cogió la maleta, sin insinuar siquiera la posibilidad de llevar él mismo el rojo maletín con florecillas azules estampadas. La cara del muchacho marroquí estaba larga y triste como un ciprés.

Cumplidas ya las formalidades que le permitirían tomar aquel avión, y mientras un empleado del aeropuerto llevaba la maleta hacia el aparato, la espía más linda del mundo dio una cariñosa palmadita en una mejilla de Alí.

—Mi buen Alí… No estés triste, querido.

—¿Cuándo… cuándo volveré a verla? —Casi gimió el muchacho.

—Pronto. Cualquier día, la señorita Montfort te hará una larga visita…, si Alá lo permite. Y los dos sabemos que Alá es tan misericordioso que lo permitirá. Bien… Esta vez no voy a darte diez mil dólares, sino un poco menos. No he traído…

—No quiero nada… ¡Nada!

—¡Cómo! —Sonrió la espía—. ¿No quieres dinero, buen Alí?

—De usted, no. Yo… Bueno, soy yo quien va a regalarle algo a usted esta vez, señorita…

—¿De veras? —exclamó Brigitte—. ¿Qué cosa?

—Yo… mientras esperaba sus órdenes en el coche, fui… grabando algo con mi cuchillo, y…

—¡Me estás matando de curiosidad!

Alí sacó de bajo sus ropas un trozo plano de madera de ébano, brillante, pulidísima. Dejando un pequeño margen a los lados, quedaba en el centro lo que, evidentemente, parecía una página de un libro, con unas inscripciones en árabe.

—Es una página del Corán, que yo he grabado para usted.

—Eres muy amable y generoso, Alí. Pero… ¿qué dice en esta página?

—Dice: «No hay más Dios que Dios; un solo Dios y ningún Dios fuera de ÉL». Así lo dicen los principios del Corán… Y yo siempre rezaré para que Él no te abandone, señorita Montfort.

—Es un hermoso regalo —musitó la espía—. Hasta siempre, Alí… Y que Alá sea siempre con tan buen creyente.

FIN

Notas

[1] Véase *Víbora sin nido* de esta misma colección. <<

[2] Véase *Alá sea contigo*, novela publicada en esta misma colección. <<

[3] Véase *El último tentáculo*, publicada en esta misma colección. <<

[4] Evidentemente, como en anteriores aventuras de Baby, se trata de un país imaginario. < <